

Las cosas

Una historia
de los años
sesenta



Georges
Perec

Las cosas

Una historia de los años sesenta

Georges Perec

Traducido por Jesús López Pacheco
Editorial Seix Barral, Barcelona, 1967

Título original:
Les choses
René Julliard, París, 1965

La paginación se corresponde
con la edición impresa. Se han
eliminado las páginas en blanco

Letra e

A Denis Buffard

Incalculable are the benefits civilization has brought us, incommensurable the productive power of all classes of riches originated by the inventions and discoveries of science. Inconceivable the marvellous creations of the human sex in order to make men more happy, more free, and more perfect. Without parallel the crystalline and fecund fountains of the new life which still remains closed to the thirsty lips of the people who follow in their griping and bestial tasks.

MALCOLM LOWRY

PRIMERA PARTE

La mirada, primero, se deslizaría sobre la moqueta gris de un largo corredor, alto y estrecho. Las paredes serían armarios empotrados, de madera clara, cuyos herrajes de cobre brillarían. Tres grabados —uno representando a Thunderbird, vencedor de Epsom; otro un vapor de ruedas, el *Ville-de-Montereau*; y el tercero una locomotora de Stephenson— llevarían a una cortina de piel, sostenida por grandes anillas de madera negra veteada, y a la que un simple movimiento bastaría para correr. La moqueta, entonces, dejaría paso a un parquet casi amarillo, cubierto parcialmente por tres alfombras de colores apagados.

Se habría llegado a una sala de estar, de siete metros aproximadamente de largo por tres de ancho. A la izquierda, en una especie de hornacina, un gran diván de cuero negro deslucido, con una librería de cerezo pálido a cada lado en las que los libros se amontonarían desordenadamente. Sobre el diván, un portulano antiguo ocuparía toda la extensión del panel. Más allá de una mesita baja, al pie de una alfombra de oración de seda, sujeta a la pared por tres clavos de cobre

de gruesa cabeza, y que formaría conjunto con la cortina de piel, se encontraría otro diván, perpendicular al primero, tapizado de terciopelo marrón claro, y, después del diván, un pequeño mueble con patas, lacado en rojo oscuro, con tres anaqueles sobre los que habría pequeños objetos de adorno: ágatas y huevos de piedra, cajitas de rapé, bomboneras, ceniceros de jade, una concha de nácar, un reloj de bolsillo, un jarrón de cristal tallado, una pirámide de cristal, una miniatura con marco ovalado. Más allá aún, después de una puerta acolchada, unos estantes superpuestos, formando el rincón, contendrían estuches y discos, junto a un tocadiscos cerrado, del que sólo se verían los cuatro mandos de acero damasquinado, y sobre el cual habría un grabado que representaría el *Grand Défilé de la fête du Corrousel*. Por la ventana, adornada con cortinas blancas y marrones que imitaría los estampados de Jouy, se verían unos árboles, un parque minúsculo, un trozo de calle. Un escritorio de persiana, abarrotado de papeles, de plumas, tendría ante él un silloncito de rejilla. Una ateniense sostendría un teléfono, una agenda de piel y un bloc de notas. Luego, pasada otra puerta, tras una librería giratoria, baja y cuadrada, coronada por un gran jarrón cilíndrico decorado en azul, lleno de rosas amarillas, y por un espejo oblongo engarzado en un marco de caoba, una mesa estrecha, con dos banquetas tapizadas con tejido escocés, daría paso de nuevo a la cortina de piel.

Todo sería marrón, ocre, leonado, amarillo: un universo de colores un poco pasados, con tonos cuidadosamente, casi minuciosamente dosificados, entre los cuales sorprenderían algunas manchas más claras, el naranja casi chillón de un cojín, algunos volúmenes de colores variados perdidos entre las ricas encuadernaciones. En pleno día, la luz, entrando a raudales, haría esta pieza un poco triste, a pesar de las rosas. Porque sería una pieza para la noche. Entonces, en pleno invierno, con las cortinas echadas, con algunos puntos de luz —el rincón de las librerías, la discoteca, el escritorio, la mesa baja entre los dos canapés, los vagos reflejos en el espejo— y las grandes zonas de sombra donde brillarían todas las cosas, la madera pulida, la seda pesada y rica, el cristal tallado, el blando cuero, sería un puerto de paz, tierra de promisión.

La primera puerta daría a una alcoba, con el piso cubierto de una moqueta clara. Una gran cama inglesa ocuparía todo el fondo. A la derecha, y a cada lado de la ventana, dos estanterías estrechas y altas contendrían algunos libros de uso habitual, álbums, barajas, tarros, collares, baratijas. A la izquierda, un viejo armario de encina y dos descalzadoras de madera y cobre estarían frente a un silloncito bajo tapizado en seda gris a rayas finas y a un tocador. Una puer-

ta entreabierta, la del cuarto de baño, descubriría gruesos albornoces, grifos de cobre en forma de cuellos de cisne, un gran espejo orientable, un par de navajas de afeitar inglesas con sus estuches de cuero verde, frascos, brochas de mango de asta, esponjas. Las paredes de la alcoba estarían tapiizadas de indiana; la cama estaría cubierta por una manta escocesa. Sobre una mesilla, rodeada en tres de sus lados por un borde de cobre calado, habría un candelabro de plata con pantalla de seda gris muy claro, un reloj pequeño cuadrado, una rosa en una copa alta, y, en su tablero inferior, periódicos doblados, algunas revistas. Más allá, a los pies de la cama, un gran pouf de cuero natural. En las ventanas, los visillos de gasa correrían sobre varillas de cobre; las cortinas, grises, de lana gruesa, estarían medio echadas. En la penumbra, la estancia resultaría clara todavía. En la pared, sobre la cama ya abierta, entre dos pequeñas lámparas alsacianas, la sorprendente fotografía, en negro y blanco, estrecha y larga, de un pájaro en pleno vuelo, llamaría la atención por su perfección un poco formal.

La segunda puerta daría a un despacho. Las paredes, de arriba a abajo, estarían cubiertas de libros y de revistas, y, para romper la monotonía de los lomos en rústica o en piel, algunos grabados, dibujos, fotografías —el *San Jerónimo*

de Antonello de Messina, un detalle del *Triunfo de San Jorge*, una cárcel de Piranesi, un retrato de Ingres, un pequeño paisaje a pluma de Klee, una fotografía amarillenta de Renan en su gabinete de trabajo en el Colegio de Francia, un gran almacén de Steinberg, el Melanchthon de Cranach— fijados a los paneles de madera ajustados entre los estantes. Un poco a la izquierda de la ventana y ligeramente oblicua, habría una larga mesa lorenesea con una gran carpeta roja. Escudillas de madera, largos plumieres, tarros de todas clases, contendrían lápices, clips, grapas, pinzas. Una losa de vidrio serviría de cenicero. Una caja redonda, de cuero negro, decorada con arabescos de oro, estaría llena de cigarrillos. La luz vendría de una lámpara antigua de despacho, difícilmente orientable, con pantalla de opalina verde en forma de visera. A cada lado de la mesa, casi enfrente uno de otro, habría dos sillones de madera y cuero, con altos respaldos. Más a la izquierda todavía, a lo largo de la pared, una mesa estrecha aparecería abarrotada de libros. Un sillón-club de cuero verde botella estaría cerca de los clasificadores metálicos grises, de los ficheros de madera clara. Una tercera mesa, más pequeña aún, sostendría una lámpara sueca y una máquina de escribir cubierta por una funda de hule. Al fondo habría una cama estrecha, cubierta de terciopelo ultramar y adornada con cojines de todos los colores. Un trípode de madera pintada, casi en el centro de la habitación, sostendría un

mapamundi de alpaca y de cartón piedra, ingenuamente ilustrado, falsamente antiguo. Detrás del escritorio, medio oculto por la cortina roja de la ventana, un escabel de madera encerada podría deslizarse a lo largo de un pasamanos de cobre que daría la vuelta a la habitación.

La vida, allí, sería fácil, muy fácil. Todas las obligaciones, todos los problemas que implica la vida material encontrarían una solución natural. Una asistenta llegaría todas las mañanas. Cada quince días, vendrían a traer el vino, el aceite, el azúcar. Habría una cocina amplia y clara, con baldosas azules decoradas con escudos, tres platos de porcelana decorados con arabescos amarillos, de reflejos metálicos, alacenas por todas partes, una bella mesa de madera blanca colocada en el centro, taburetes, bancos. Sería agradable llegar y sentarse allí, cada mañana, después de una ducha, a medio vestir todavía. Sobre la mesa habría una gran mantequillera de gres, tarros de mermelada, miel, tostadas, pomelos partidos por la mitad. Sería temprano: el comienzo de una larga jornada de mayo.

Abrirían su correspondencia, hojearían los periódicos. Encenderían un primer cigarrillo. Saldrían. Su trabajo no les retendría sino unas horas

por la mañana. Volverían a encontrarse para comer: un sandwich o carne a la parrilla, según les apeteciera; se tomarían un café en una terraza, y luego regresarían a su casa a pie, lentamente.

Su apartamento raramente estaría ordenado, pero su desorden mismo sería su mayor atractivo. Apenas se ocuparían de él: vivirían en él. El cómodo ambiente les parecería algo habitual, un dato inicial, un estado natural. Pondrían su interés en otras cosas: en el libro que abrirían, en el texto que escribirían, en el disco que escucharían, en su diálogo, renovado día a día. Trabajarían durante mucho tiempo, sin fiebre y sin prisa, sin amargura. Luego cenarían o saldrían a cenar, se encontrarían con sus amigos, pasearían juntos.

A veces les parecería que podría transcurrir armoniosamente una vida entera entre aquellos muros cubiertos de libros, entre aquellos objetos tan perfectamente domesticados que habrían acabado por creerlos hechos desde siempre para que los usaran ellos únicamente, entre aquellas cosas bellas y sencillas, suaves, luminosas. Pero no se sentirían encadenados a ellas: ciertos días saldrían en busca de la aventura. Ningún plan sería imposible para ellos. No conocerían el rencor, ni la amargura, ni la envidia. Pues sus medios y sus deseos estarían acordes en todos los puntos, siempre. Llamarían a este equilibrio felicidad, y, gracias a su libertad, a su prudencia, a su cultura, sabrían conservarla, descubrirla en cada instante de su vida común.

Les habría gustado ser ricos. Creían que habrían sabido serlo. Habrían sabido vestirse, mirar, sonreír como la gente rica. Habrían tenido el tacto y la discreción necesarios. Habrían olvidado su riqueza, habrían sabido no ostentarla. No se habrían vanagloriado de ella. La habrían respirado. Sus placeres habrían sido intensos. Les habría gustado caminar, corretear, elegir, apreciar. Les habría gustado vivir. Su vida habría sido un arte de vivir.

Todo esto no es fácil: al contrario. Para esta joven pareja, que no era rica, pero que deseaba serlo, simplemente porque no era pobre, no existía situación más incómoda. No tenían más que lo que merecían tener. Mientras soñaban con espacio, con luz, con silencio, eran devueltos a la realidad, no sombría, pero sí mezquina simplemente —lo que quizá era peor—, de su vivienda exigua, de sus comidas corrientes, de sus vacaciones escasas. Era lo que correspondía a su situación económica, a su posición social. Era su realidad, y no tenían otra. Pero existían, a su lado, en torno a ellos, a lo largo de las calles por las que

no tenían más remedio que pasar, los ofrecimientos engañosos, aunque tan cálidos, de los anticuarios, de las tiendas de ultramarinos, de las papelerías. Desde Palais-Royal hasta Saint-Germain, desde el Champ-de-Mars hasta l'Etoile, desde el Luxembourg hasta Montparnasse, desde l'Ile Saint Louis hasta el Marais, desde los Ternes hasta la Opera, desde la Madeleine hasta el parque Monceau, París entero era una perpetua tentación. Ansiaban ceder a ella, con embriaguez, en seguida y para siempre. Pero el horizonte de sus deseos se cerraba despiadadamente; sus grandes sueños imposibles pertenecían a lo utópico.

Vivían en un apartamento minúsculo y agradable, de techo bajo, que daba a un jardín. Y acordándose de su habitación alquilada —un corredor sombrío y estrecho, recalentado, impregnado de olores—, vivieron en él al principio en una especie de embriaguez, renovada cada mañana por el piar de los pájaros. Abrían las ventanas, y, durante largos minutos, perfectamente felices, contemplaban su patio. La casa era vieja, todavía no ruinoso, pero vetusta, agrietada. Los pasillos y las escaleras eran estrechos y sucios, rezumantes de humedad, impregnados de humos grasientos. Pero, entre dos grandes árboles y cinco jardinillos minúsculos, de formas irregulares, en su mayor parte abandonados, pero abundantes de

césped raro, de flores en tiestos, de arbustos, de estatuas quizá ingenuas, cruzaba un paseo de grandes guijarros irregulares que daba al conjunto un aire campestre. Era uno de esos raros rincones de París en los que puede ocurrir, ciertos días de otoño, después de la lluvia, que ascienda del suelo un olor, casi intenso, a bosque, a humus, a hojas podridas.

No olvidaron nunca estos encantos y siguieron siendo siempre tan espontáneamente sensibles a ellos como en los primeros días, pero, tras unos meses de una alegría demasiado despreocupada, se hizo evidente que no serían suficientes para hacerles olvidar los defectos de su vivienda. Acostumbrados a vivir en habitaciones insalubres, donde no hacían más que dormir, y a pasar el día entero en cafés, necesitaron mucho tiempo para darse cuenta de que las funciones más banales de la vida de todos los días —dormir, comer, leer, charlar, lavarse— exigían cada una un espacio específico, cuya ausencia notoria comenzó desde entonces a hacerse sentir. Se consolaron lo mejor que pudieron, felicitándose por la excelencia del barrio, por la proximidad de la calle Mouffetard y del Jardin des Plantes, por la calma de la calle, por la distinción de sus techos bajos y por el esplendor de los árboles y del patio en todas las estaciones; pero, en el interior, todo comenzaba a caérseles encima con el amontonamiento de los objetos, de los muebles, de los libros, de los platos, de las carpetas, de las botellas

vacías. Una guerra de desgaste comenzaba, de la que jamás ellos saldrían vencedores.

Con una superficie total de treinta y cinco metros cuadrados, que no se atrevieron nunca a comprobar, su apartamento se componía de una entrada minúscula, de una cocina exigua, la mitad de la cual había sido arreglada para cuarto de aseo, de una alcoba de dimensiones modestas, de una habitación para todo —biblioteca, sala de estar o de trabajo, cuarto para amigos— y de un rincón mal definido, entre cuchitril y pasillo, donde habían logrado colocar una nevera pequeña, un calentador de agua eléctrico, un perchero provisional, una mesa que utilizaban para comer, y un arca para la ropa sucia que les servía a la vez de banco.

Ciertos días, la ausencia de espacio les resultaba tiránica. Se ahogaban. Pero por más que hacían retroceder los límites de sus dos cuartos, derribaban paredes, se inventaban corredores, armarios empotrados, arreglos, imaginaban perchas modelos, se anexionaban en sueños los apartamentos vecinos, siempre acababan por encontrarse en lo que era su verdad, su única verdad: treinta y cinco metros cuadrados.

Desde luego, habrían sido posibles arreglos inteligentes: se podía derribar un tabique liberando un amplio rincón mal utilizado, un mueble demasiado grande podía ser reemplazado ventajosamente, se podía hacer una serie de armarios empotrados. Sin duda, entonces, por poco que se

pintara, se limpiara y se arreglara con algún amor, su vivienda habría sido incontestablemente encantadora, con su ventana de cortinas rojas y su ventana de cortinas verdes, con su larga mesa de encina, un poco coja, comprada en el rastro de París, que ocupaba toda la longitud de una pared, bajo la bella reproducción de un portulano, y a la que un pequeño escritorio de persiana Segundo Imperio, en caoba incrustada con varillas de cobre, muchas de las cuales faltaban, separaba en dos planos de trabajo, para Sylvie a la izquierda y para Jérôme a la derecha, marcado cada uno de ellos por la misma carpeta roja, la misma losa de vidrio, el mismo tarro con lápices; con su viejo bocal de cristal engastado de estaño que había sido transformado en lámpara, con su decalitro para granos hecho en madera labrada y reforzado con metal que servía de papelera, con sus dos sillones desparejados, sus sillas con asiento de paja, su taburete de vaquero. Y se habría desprendido del conjunto, limpio y claro, ingenioso, un calor de amistad, un ambiente simpático de trabajo, de vida común.

Pero la sola perspectiva de las obras les asustaba. Habrían tenido que pedir prestado, ahorrar, hacer gastos. No se resignaban a ello. No era eso lo que deseaban: no pensaban más que en términos de todo o nada. La librería sería de encina clara o no la tendrían. No la tenían. Los libros se apilaban en dos estantes de madera sucia y en dos tablas de los armarios empotrados que jamás

deberían haberles sido reservadas. Durante tres años, un enchufe estuvo estropeado sin que se decidieran a llamar a un electricista, a pesar de que casi todas las paredes estaban cruzadas por cables con empalmes toscos y prolongaciones desmañadas. Seis meses tardaron en reemplazar un cordón de cortina. Y el más leve abandono en la conservación cotidiana se traducía en veinticuatro horas por un desorden que la bienhechora presencia de los árboles y de los jardines, tan próximos, hacía más insoportable todavía.

Lo provisional y el statu quo reinaban como dueños absolutos. Ya no esperaban sino un milagro. Habrían hecho venir a arquitectos, maestros de obras, albañiles, fontaneros, tapiceros, pintores. Habrían partido en un crucero y, a su regreso, habrían encontrado un apartamento transformado, arreglado, como nuevo, un apartamento modelo, maravillosamente agrandado, lleno de detalles proporcionados a su medida, de tabiques móviles, de puertas correderas, una calefacción eficaz y discreta, una instalación eléctrica invisible, un mobiliario de buena calidad.

Pero entre sus sueños demasiado grandes, a los que se entregaban con una extraña complacencia, y la nulidad de sus acciones reales, no surgía en ellos ningún proyecto racional que hubiera podido conciliar las necesidades objetivas y sus posibilidades económicas. La inmensidad de sus deseos los paralizaba.

Esta carencia de sencillez, de lucidez casi, era característica. Les faltaba —y esto era, sin duda, lo más grave— toda facilidad. No facilidad material, objetiva, sino una cierta desenvoltura, una cierta tranquilidad. Tenían tendencia a estar excitados, crispados, ávidos, casi celosos. Su amor al bienestar, su ansia por mejorar, se traducían en general por un proselitismo estúpido: ellos y sus amigos hablaban largo tiempo sobre la calidad de una pipa o de una mesa baja, haciendo de ellas objetos de arte, piezas de museo. Se entusiasmaban por una maleta, una de esas maletas minúsculas, extraordinariamente aplastadas, de cuero negro ligeramente granuloso, que se ven en los escaparates de las tiendas de la Madeleine, y que parecen concentrar en sí todos los placeres imaginados de los viajes relámpagos a Nueva York o a Londres. Cruzaban todo París para ir a ver un sillón del que les habían dicho que era perfecto. E incluso, conociendo sus clásicos, vacilaban a veces en ponerse un vestido nuevo: hasta tal punto les parecía importante, para la excelencia de su porte, que hubiera sido puesto antes tres veces. Pero los gestos, un tanto sacralizados, que hacían al estusiasmarse ante el escaparate de un sastre, de una modista o de una zapatería, no lograban, las más de las veces, sino hacerlos un poco ridículos.

Quizá estaban demasiado marcados por su pasado (y no sólo ellos, por otra parte, sino también sus amigos, sus compañeros, la gente de su edad, el ambiente en que se movían). Quizá, para empezar, eran demasiado voraces: querían ir demasiado de prisa. Habría hecho falta que el mundo y las cosas de todas las épocas les pertenecieran, y habrían multiplicado los signos de su posesión. Pero estaban condenados a la conquista: podían ir siendo cada vez más ricos, pero no podían hacer que lo hubieran sido siempre. Les habría gustado vivir con comodidad, rodeados de belleza. Pero exclamaban, admiraban, y ésta era la prueba más clara de que no vivían así. Les faltaba la tradición —en el sentido más despreciable del término, acaso—, y la evidencia, el verdadero gozo, implícito e inmanente, ese gozo que va acompañado de una felicidad del cuerpo, mientras que el suyo era un placer cerebral. Con demasiada frecuencia, de lo que ellos llamaban lujo, no les gustaba sino el dinero que había detrás. Sucumbían a los signos de la riqueza; amaban la riqueza antes que la vida.

Sus primeras salidas fuera del mundo estudiantil, sus primeras incursiones por ese universo de los almacenes de lujo que no iban a tardar en convertirse en su Tierra Prometida, fueron, desde este punto de vista, particularmente reveladoras. Su gusto todavía ambiguo, sus escrúpulos demasiado nimios, su falta de experiencia, su respeto un poco limitado por lo que ellos creían que eran

las normas del verdadero buen gusto, les valieron algunos pasos en falso, varias humillaciones. Pudo parecer por un momento que el modelo en cuanto a forma de vestir que seguían Jérôme y sus amigos era, no el gentleman inglés, sino la más continental caricatura que de él ofrece un emigrado reciente de recursos modestos. Y el día en que Jérôme se compró sus primeros zapatos británicos, tuvo buen cuidado, tras haberlos frotado largamente con pequeñas aplicaciones concéntricas y presiones suaves, con un trapo de lana ligeramente untado de una crema de calidad superior, de exponerlos al sol, porque pensaba que así adquirirían antes una pátina excepcional. Desgraciadamente, éstos y un par de mocasines de fuerte caña y con suela de crepé, que se resistía obstinadamente a llevar, eran sus únicos zapatos: abusó de ellos, los utilizó para caminos malos, y los destrozó en poco menos de siete meses.

Luego, con la ayuda de la edad, gracias a las experiencias acumuladas, pareció que se calmaban un poco respecto a sus fervores más exacerbados. Supieron esperar y habituarse. Su gusto se formó lentamente, se hizo más ponderado. Sus deseos tuvieron tiempo de madurar; su ansia se hizo menos impaciente. Cuando, paseándose por los alrededores de París, se paraban en las tiendas de los anticuarios de pueblo, no se preci-

pitaban ya hacia los platos de porcelana, hacia las sillas de iglesia, hacia las bombonas de vidrio inflado, hacia los candelabros de cobre. Desde luego, en la imagen un poco estática que se formaban de la casa modelo, de la comodidad perfecta, de la vida feliz, había todavía muchas ingenuidades, muchas condescendencias; les gustaban intensamente esos objetos que sólo el gusto del momento dice ser bellos, esas falsas imágenes de Epinal, esos grabados estilo inglés, esas ágatas, esos vidrios estirados, esas chucherías neo-bárbaras, esos trastos paracientíficos que, en nada de tiempo, se encontraban en todos los escaparates de la calle Jacob, de la calle Visconti. Aún soñaban con poseerlos: habrían satisfecho esa necesidad tan inmediata, evidente, de estar al último grito, de que les tomaran por entendidos. Pero esta exageración mimética iba teniendo cada vez menos importancia, y les resultaba agradable pensar que la imagen que se formaban de la vida se había librado lentamente de todo lo que podía tener de agresivo, de oropel, de pueril, a veces. Habían quemado lo que adoraban: los espejos de hechicera, los troncos, los estúpidos móviles pequeños, los radiómetros, los guijarros multicolores, los paneles de yute adornados con rúbricas estilo Mathieu. Les parecía que dominaban cada vez más sus deseos: sabían lo que querían, tenían ideas claras. Sabían lo que constituiría su felicidad, su libertad.

Y, sin embargo, se engañaban; estaban en trance de perderse. Comenzaban ya a sentirse arrastrados por un camino del que no conocían ni sus vueltas ni su meta. A veces tenían miedo. Pero, en general, no sentían más que impaciencia: estaban listos, se sentían disponibles. Esperaban vivir, esperaban el dinero.

Jérôme tenía veinticuatro años, Sylvie veintidós. Los dos eran psico-sociólogos. Su trabajo, que no era exactamente un oficio, ni siquiera una profesión, consistía en entrevistar a la gente, de acuerdo con diversas técnicas, sobre temas variados. Era un trabajo difícil que exigía, como mínimo, una gran concentración nerviosa, pero no carecía de interés, estaba relativamente bien pagado y les dejaba un apreciable tiempo libre.

Como casi todos sus compañeros, Jérôme y Sylvie se habían hecho psico-sociólogos por necesidad, no por elección. Nadie sabe, por otra parte, a dónde les habría llevado el libre desarrollo de inclinaciones totalmente indolentes. La historia, también en esto, había elegido por ellos. Les habría gustado, desde luego, como a todo el mundo, consagrarse a alguna cosa, sentir en ellos una necesidad poderosa, que habrían llamado vocación, una ambición que les habría levantado, una pasión que les habría satisfecho. Desgraciada-

mente, no tenían más que una: la de lograr el bienestar, y esta pasión les consumía. Siendo estudiantes, la perspectiva de una mísera licenciatura, de un puesto en Nogent-sur-Seine, en Château-Thierry o en Etampes, y de un pequeño sueldo, les espantaba hasta tal punto que, apenas conocerse —Jérôme tenía entonces veintiún años y Sylvie diecinueve— abandonaron, casi sin ponerse de acuerdo, unos estudios que, en realidad, no habían empezado nunca. El deseo de saber no les devoraba; mucho más humildemente, y sin ocultarse que sin duda se equivocaban y que, más tarde o más temprano, llegaría el día en que lo lamentarían, sentían la necesidad de una habitación un poco mayor, de agua corriente, de una ducha, de comidas más variadas o, simplemente, más abundantes que las de los restaurantes universitarios, de un coche quizá, de discos, de vacaciones, de ropas.

Hacía ya muchos años que los estudios de motivación habían hecho su aparición en Francia. Aquel año estaban todavía en plena expansión. Se creaban nuevas agencias cada mes, que empezaban con nada o casi nada. Era fácil encontrar trabajo en ellas. La mayoría de las veces se trataba de ir a los parques públicos, a las salidas de las escuelas o a las viviendas baratas de los alrededores, y preguntar a las amas de casa si se habían fijado en alguna publicidad reciente y qué les parecía. Estos sondeos-express, llamados testings o enquêtes-minute, se pagaban a cien francos. Era

poco, pero era mejor que el baby-sitting, que las guardas nocturnas, que el lavar platos, que todos los empleos irrisorios —repartidor de prospectos, de escrituras, de tarifas de emisiones publicitarias, ventas a plazos, lumpen-tapirat— tradicionalmente reservados a los estudiantes. Y, además, la novedad misma de las agencias, su condición casi artesanal, la novedad de los métodos, la penuria todavía total de elementos cualificados podían dejar entrever la esperanza de promociones rápidas, de ascensos vertiginosos.

No habían calculado mal. Pasaron algunos meses entregando cuestionarios. Luego encontraron un director de agencia que, apremiado por el tiempo, depositó en ellos su confianza: partieron para provincias, con un magnetofón bajo el brazo; algunos de sus compañeros de viajes, apenas mayores, les iniciaron en las técnicas, a decir verdad menos difíciles de lo que generalmente se supone, de las entrevistas abiertas y cerradas: aprendieron a hacer hablar a los otros y a medir sus propias palabras; llegaron a saber descubrir, bajo las vacilaciones embrolladas, bajo los silencios confusos, bajo las tímidas alusiones, los caminos que había que explorar, percibieron los secretos de ese «hum» universal, verdadera entonación mágica con la que el entrevistador subraya las palabras del entrevistado, le hace sentir confianza, le comprende, le alienta, le interroga, incluso le amenaza en ocasiones.

Sus resultados fueron honrosos. Continuaron

con el mismo impulso. De aquí y de allá fueron aprendiendo briznas de sociología, de psicología, de estadísticas; asimilaron el vocabulario y los signos, los trucos que estaban bien vistos: una cierta manera, en el caso de Sylvie, de ponerse o de quitarse las gafas, una cierta manera de tomar notas, de hojear un informe, una cierta manera de hablar, de intercalar en sus conversaciones con los jefes, con un tono levemente interrogante, locuciones del tipo de: «...¿no le parece?», «...y o pienso, quizá...», «...en cierta medida...», «...es sólo una pregunta...», una cierta manera de citar, en los momentos oportunos, a Wright Mills, a William Whyte, o, mejor aún, a Lazarsfeld, Cantril o Herbert Hyman, de los que no habían leído ni tres páginas.

Gracias a estas adquisiciones estrictamente necesarias, que eran el abecé del oficio, mostraron excelentes disposiciones y, apenas al año de sus primeros contactos con los estudios de motivación, les confiaron la gran responsabilidad de un «análisis de contenido»: ello estaba inmediatamente por debajo de la dirección general de un estudio, reservado obligatoriamente a un cuadro sedentario, el puesto más elevado, por lo tanto el más anhelado y el más noble de toda la jerarquía. En los años que siguieron apenas si descendieron de estas alturas.

Y durante cuatro años, quizá más, exploraron, entrevistaron, analizaron. ¿Por qué se venden tan mal las aspiradoras de ruedas? ¿Qué piensan, en

los medios de extracción modesta, de la achicoria? ¿Gusta el puré ya preparado, y por qué? ¿Porque es ligero? ¿Porque es untuoso? ¿Porque es muy fácil de hacer: un gesto y ya está? ¿Le parece realmente que los coches de niño son caros? ¿No se está siempre dispuesto a hacer un sacrificio por la comodidad de los pequeños? ¿Cómo votará la francesa? ¿Le gusta el queso en tubo? ¿Está en favor o en contra de los transportes en común? ¿Qué le atrae más cuando come un yoghourt? ¿El color? ¿La consistencia? ¿El sabor? ¿El olor natural? ¿Lee usted mucho, poco o nada? ¿Va usted al restaurante? ¿Le gustaría, señora, alquilar su habitación a un negro? ¿Qué piensa, francamente, de la jubilación de los viejos? ¿Qué piensa la juventud? ¿Qué piensan los técnicos? ¿Qué piensa la mujer de treinta años? ¿Qué piensa usted de las vacaciones? ¿Dónde pasa sus vacaciones? ¿Le gustan los platos con gelatina? ¿Cuánto cree usted que cuesta un encendedor como éste? ¿Qué cualidades le exige usted a su colchón? ¿Puede describirme a un hombre al que le gustan los pasteles? ¿Qué le parece su lavadora? ¿Está usted satisfecha de ella? ¿No produce suficiente espuma? ¿Lava bien? ¿Desgarra la ropa? ¿Seca la ropa? ¿Prefiere usted una lavadora que seque la ropa además? Y la seguridad en la mina, ¿está bien organizada o no lo está suficientemente, en su opinión? (Hacer hablar al sujeto: pedirle que cuente ejemplos personales; cosas que él haya visto; ¿se ha herido él mismo alguna vez? ¿Cómo

ocurrió? ¿Será su hijo minero como el padre o, si no, qué será?).

Y la lejía, el secado de la ropa, el planchado. El gas, la electricidad, el teléfono. Los niños. Los trajes y la ropa interior. La mostaza. Las sopas en bolsas, las sopas en cajitas. Los cabellos: cómo lavarlos, cómo teñirlos, cómo conservarlos, cómo hacerlos brillar. Los estudiantes, las uñas, los jarabes para la tos, las máquinas de escribir, los abonos, los tractores, el tiempo libre, los regalos, la papelería, el blanco, la política, las autopistas, las bebidas alcohólicas, las aguas minerales, los quesos y las conservas, las lámparas y los visillos, los seguros, el jardín.

Nada de lo que era humano les fue ajeno.

Por primera vez ganaron algún dinero. Su trabajo no les gustaba: ¿les habría podido gustar? Tampoco les aburría demasiado. Tenían la impresión de que aprendían mucho con él. Los iba transformando de año en año.

Fueron los grandes momentos de su conquista. No tenían nada y estaban descubriendo las riquezas del mundo.

Durante mucho tiempo habían sido totalmente anónimos. Habían vestido como estudiantes, es

decir, mal. Sylvie, con una única falda, chandails feos, un pantalón de pana, un chaquetón; Jérôme, con una canadiense mugrienta, un traje de confección, una corbata lamentable. Se pasaron encantados a la moda inglesa. Descubrieron las lanas, las blusas de seda, las camisas de Doucet, las corbatas de gasa, los pañuelos de seda, el tweed, el lambswool, el cashmere, la vicuña, el cuero y el jersey, el lino, la magistral jerarquía de los zapatos, en fin, que va desde los Churchs hasta los Weston, desde los Weston hasta los Bunting y desde los Bunting hasta los Lobb.

Su sueño fue un viaje a Londres. Habrían repartido su tiempo entre la National Gallery, Saville Row y cierto pub de Church Street del que Jérôme conservaba un recuerdo emocionado. Pero no eran todavía suficientemente ricos como para vestirse allí de los pies a la cabeza. En París, con el primer dinero que ganaron alegremente con el sudor de su frente, Sylvie se compró un corpiño de seda tejida en Cornuel, un twin-set de lambswool importado, una falda recta y ajustada, zapatos de piel trenzada de una gran flexibilidad, y un gran pañuelo de seda adornado con pavos reales y plantas. Jérôme, aunque todavía le gustaba, en ocasiones, ir en chancas, mal afeitado, con camisas viejas sin cuello y un pantalón de paño, descubrió, cuidando los contrastes, los placeres de las largas mañanas: bañarse, afeitarse cuidadosamente, rociarse de agua de colonia, po-

nerse, con la piel todavía ligeramente húmeda, camisas impecablemente blancas, anudarse corbatas de lana o de seda. Se compró tres en Oíd England, y también un traje de tweed, camisas en saldos y zapatos de los que esperaba no tener que avergonzarse.

Luego llegó casi una de las grandes fechas de su vida: descubrieron el rastro de París. Camisas Arrow o Van Heusen, admirables, de largo cuello abotonado, que entonces no se encontraban en París, pero que las comedias americanas empezaban a popularizar (al menos, entre esa parte reducida de la gente que encuentra su felicidad en las comedias americanas), estaban allí expuestas abundantemente, junto a trench-coats considerados indestructibles, faldas, blusas, vestidos de seda, trajes de cuero, mocasines flexibles. Fueron allí cada quince días, el sábado por la mañana, durante un año o más, para rebuscar en las cajas, en los tableros, en los montones, en las carpetas, en los paraguas invertidos, en medio de una multitud de teen-agers con patillas de hacha, de argelinos vendiendo relojes, de turistas americanos que, salidos de la feria del mercado Vernaison (ojos de cristal, chisteras, caballitos de madera), erraban, un poco aturdidos, por el mercado Malik, contemplando, junto a los viejos clavos, colchones, carcassas de máquinas, piezas sueltas, el extraño destino de los desechos cansados de sus más prestigiosos shirt-makers. Y se

llevaban prendas de todas clases, envueltas en papel de periódico, muñecos, paraguas, viejos tarros, bolsas, discos.

Iban cambiando, se iban volviendo otros. No tanto por la necesidad, por otra parte real, de diferenciarse de las personas a las que tenían que entrevistar, de impresionarlas sin deslumbrarlas. Ni tampoco porque frecuentaran a mucha gente, porque estuvieran saliendo para siempre, les parecía, de los ambientes en que habían vivido. Sino porque el dinero —semejante observación es forzosamente banal— suscita nuevas necesidades. Se habrían sorprendido de constatar, si hubieran reflexionado un instante —pero, en aquellos años, ellos no reflexionaban nunca—, hasta qué punto se había transformado la imagen que tenían de su propio cuerpo y, además, de todo lo que les concernía, de todo lo que les importaba, de todo lo que estaba haciéndose su propio mundo.

Todo era nuevo. Su sensibilidad, sus gustos, su puesto, todo les llevaba hacia cosas que siempre habían ignorado. Prestaban atención a la forma en que vestían los otros; en los escaparates se fijaban en los muebles, en los objetos de adorno, en las corbatas; soñaban ante los anuncios de los agentes inmobiliarios. Les parecía comprender cosas de las que jamás se habían ocupado; se

les había hecho importante el que un barrio, una calle, fuera triste o alegre, silenciosa o ruidosa, desierta o animada. Nada les había preparado jamás para estas nuevas preocupaciones; las descubrían con candor, con entusiasmo, se maravillaban de su prolongada ignorancia. No se asombraban, o casi no se asombraban, de pensar en ello sin cesar.

Los caminos por los que iban, los valores a los que se abrían, sus perspectivas, sus deseos, sus ambiciones, todo esto, es cierto, les parecía a veces desesperadamente vacío. No conocían nada que no fuera frágil o confuso. Sin embargo, era su vida, era la fuente de exaltaciones desconocidas, más que embriagadoras, era algo inmensamente, intensamente abierto. A veces se decían que la vida que llevarían tendría el encanto, la suavidad, la fantasía de las comedias americanas, de las presentaciones de Saül Bass; imágenes maravillosas, luminosas, de campos de nieve inmaculados y estriados por las huellas de los esquíes, de mar azul, de sol, de verdes colinas, de fuegos crepitantes en chimeneas de piedra, de autopistas audaces, de pullmans, de palacios, pasaban ante sus ojos como promesas.

Abandonaron su habitación y los restaurantes universitarios. Encontraron, en alquiler, en el número 7 de la calle de Quatrefages, enfrente de la

Mosquée, junto al Jardín des Plantes, un pequeño apartamento de dos habitaciones que daba a un bello jardín. Y necesitaron moquetas, mesas, sillonas, divanes.

En aquellos años se dieron por París interminables paseos. Se paraban ante cada tienda de antigüedades. Visitaban los grandes almacenes, durante horas enteras, maravillados, y ya asustados, pero sin atreverse todavía a confesárselo, sin atreverse a mirar de frente aquella especie de lamentable exasperación que iba a convertirse en su destino, en su razón de ser, en su consigna, maravillados y casi abrumados ya por la amplitud de sus necesidades, por la riqueza que se mostraba, por la abundancia que se ofrecía.

Descubrieron los pequeños restaurantes de los Gobelins, de las Ternes, de Saint-Sulpice, los bares vacíos en los que resultaba tan agradable cuchichear, los week-ends fuera de París, los grandes paseos por el bosque, en otoño, en Rambouillet, en Vaux, en Compiègne, las alegrías casi perfectas en todas partes ofrecidas a los ojos, a los oídos, al paladar.

Y así fue como, poco a poco, insertándose en la realidad de una forma un poco más profunda que en el pasado, en el que, hijos de pequeños burgueses sin alcances, no habían tenido del mundo sino una visión mezquina y superficial, comenzaron a comprender lo que era un hombre de bien.

Esta última revelación, que no fue, por otra parte, en el sentido estricto del término, sino el final de una lenta maduración social y psicológica cuyas sucesivas etapas les habría costado mucho esfuerzo describir, coronó su metamorfosis.

La vida, con sus amigos, se convertía a menudo en algo vertiginoso.

Constituían un grupo, una pandilla. Se conocían bien; influyéndose mutuamente, habían llegado a tener hábitos comunes, gustos y recuerdos comunes. Tenían su vocabulario, sus signos, sus manías. Demasiado evolucionados para parecerse de un modo perfecto, pero, sin duda, no lo suficiente todavía para no imitarse más o menos conscientemente, se pasaban gran parte de su vida realizando intercambios. Con frecuencia les irritaba, pero aún era más frecuente que les divirtiera.

Casi todos pertenecían a los medios publicitarios. Algunos, sin embargo, continuaban, o se esforzaban por continuar unos vagos estudios. En la mayoría de los casos se habían conocido en los despachos llenos de presunción o pseudo-funcionales de los directores de agencia. Juntos escuchaban, mientras garabateaban con el lápiz agresivamente en sus carpetas, sus recomendaciones mezquinas y sus bromas siniestras; su desprecio común por aquellos ricachones, por aquellos explotadores, por aquellos fabricantes de sopa, cons-

tituía, en ocasiones, su primer terreno de entendimiento. Pero, más a menudo, se sentían primero condenados a vivir cinco o seis días juntos, en los tristes hoteles de las pequeñas ciudades. A cada comida que hacían en común, iba surgiendo la amistad. Pero las comidas eran apresuradas y profesionales, las cenas espantosamente lentas, a menos que brotase esa milagrosa chispa que iluminaba sus rostros contristados de V.R.P. y hacía que les pareciera memorable aquella velada provinciana, y succulenta una conserva cualquiera que un hotelero sin escrúpulos les cobraba con suplemento. Entonces se olvidaban de sus magnetófonos, y abandonaban su tono demasiado educado de psicólogos distinguidos. Prolongaban la sobremesa. Hablaban de sí mismos y del mundo, de todo y de nada, de sus gustos, de sus ambiciones. Iban a recorrer la ciudad en busca del único bar cómodo que debía tener, y hasta una hora avanzada de la noche, ante whiskies, coñacs o gin-tonics, evocaban, con un abandono casi ritual, sus amores, sus deseos, sus viajes, sus desaires y entusiasmos, sin extrañarse apenas, sino quedando casi encantados, por el contrario, del parecido de su historia y de la identidad de sus puntos de vista.

A veces, de esta primera simpatía no salía sino unas relaciones distantes, algunas llamadas por teléfono de tarde en tarde. Pero otras veces, menos frecuentemente, es cierto, de este encuentro nacía, por azar o por deseo recíproco, más

o menos lentamente, una posible amistad que se iba desarrollando poco a poco. Así, en el curso de los años, se habían ido uniendo lentamente.

Unos y otros eran fácilmente identificabas. Tenían dinero, no demasiado, pero lo suficiente para no tener sino episódicamente, a raíz de algún exceso, que no habrían podido decir si entraba dentro de lo superfluo o de lo necesario, una economía verdaderamente deficitaria. Sus apartamentos, estudios, desvanes, dos piezas de casas vetustas, en barrios selectos —Palais-Royal, Contrescarpe, Saint-Germain, Luxembourg, Montparnasse— se parecían todos: en ellos se encontraban los mismos canapés mugrientos, las mismas mesas de la llamadas rústicas, los mismos viejos tarros, viejas botellas, viejos sacos, viejos bicales, indiferentemente llenos de flores, de lápices, de calderilla, de cigarrillos, de caramelos, de clips. En lo esencial, iban vestidos de la misma forma, es decir, con ese gusto adecuado que, tanto para los hombres como para las mujeres, se debe a Madame Express y, de rechazo, a su marido. Por otra parte, debían mucho a esta pareja modelo.

L'Express era, sin duda, el semanario al que hacían más caso. A decir verdad, apenas si les

gustaba, pero lo compraban o, en todo caso, lo cogían prestado de casa de éste o de aquél, lo leían regularmente e incluso, como confesaban, conservaban con frecuencia algunos números atrasados. Muy a menudo ocurría que no estaban de acuerdo con su línea política (un día de sana cólera llegaron a escribir un breve panfleto sobre «el estilo del Teniente»), y preferían con mucho los análisis de *Le Monde*, al que eran unánimemente fieles, o incluso las posiciones que adoptaba *Libération*, al que tenían tendencia a considerar simpático. Pero el *Express*, y sólo él, correspondía a su arte de vivir; en él encontraban, cada semana, aun cuando pudieran con razón juzgarlas disfrazadas y desnaturalizadas, las preocupaciones más corrientes de su vida cotidiana. No era raro que se escandalizaran con él. Pues, verdaderamente, frente a ese estilo en que reinaban la falsa distancia, los sobreentendidos, los desprecios ocultos, los deseos mal digeridos, los falsos entusiasmos, las señales con el pie, los guiños, frente a esa feria publicitaria que era todo el *Express* —su fin y no su medio, su aspecto más necesario—, frente a esos pequeños detalles que lo cambian todo, esas pequeñas cosas no caras y verdaderamente agradables, frente a esos hombres de negocios que comprendían los verdaderos problemas, a esos técnicos que sabían de lo que hablaban y que lo hacían notar, esos pensadores audaces que, la pipa en la boca, traían por fin al mundo el siglo veinte, frente, en una palabra, a

esa asamblea de responsables, reunidos cada semana en forum o en tabla redonda, cuya sonrisa beatífica hacía pensar que tenían todavía en su mano derecha las llaves de oro de los lavabos directoriales, pensaban, indefectiblemente, repitiendo el no muy buen juego de palabras que abría su panfleto, que no era cierto que el *Express* fuera un periódico de izquierdas, pero sí era, sin ninguna duda, un periódico siniestro. Era falso, por otra parte, y ellos lo sabían muy bien, pero esto les reconfortaba.

No se lo ocultaban: eran gente del *Express*. Sin duda tenían la necesidad de que su libertad, su inteligencia, su alegría, su juventud, fueran, en todo momento y en todo lugar, convenientemente señaladas. Le dejaban que se encargara de ellas porque era lo más fácil, porque el mismo desprecio que sentían por él les justificaba. Y la violencia de sus reacciones no igualaba más que a su sujeción: hojeaban el periódico gruñendo, lo arrugaban, lo tiraban lejos de ellos. A veces no acababan de extasiarse ante su ignominia. Pero lo leían, esto era un hecho, y se impregnaban de él.

¿Dónde habrían podido encontrar un reflejo más exacto de sus gustos, de sus deseos? ¿No eran jóvenes? ¿No eran moderadamente ricos? El *Express* les ofrecía todos los signos de la comodidad: los gruesos albornoces de baño, las demistificaciones brillantes, las playas de moda, la cocina exótica, los trucos útiles, los análisis inteligentes, el secreto de los dioses, los rincones no caros, las

diferentes opiniones, las ideas nuevas, los vestidos de moda, los platos congelados, los detalles elegantes, los escándalos de buen tono, los consejos del último minuto.

Ellos soñaban, a media voz, con divanes Chesterfield. El *Express* los soñaba con ellos. Se pasaban gran parte de sus vacaciones recorriendo subastas de pueblos, donde compraban a buen precio objetos de estaño, sillas con asiento de paja, vasos que invitaban a beber, cuchillos con mango de cuerno, escudillas patinadas que convertían en preciosos ceniceros. De todas estas cosas, estaban seguros, el *Express* ya había hablado o hablaría.

Al nivel de las realizaciones, no obstante, se apartaban bastante sensiblemente de las formas de compra que el *Express* proponía. No estaban todavía completamente «instalados» y, aunque se les reconociera gustosamente la categoría de «técnicos», no tenían ni las garantías, ni las pagas extraordinarias, ni las primas del personal regular que trabajaba por contrato. El *Express* aconsejaba, pues, con el pretexto de señalar pequeñas tiendas no caras y simpáticas (el dueño es como un amigo, le ofrecerá, una copa y un club-sandwich mientras usted elige), oficinas en las que el gusto al día exigía, para ser convenientemente apreciado, una reforma radical de la instalación anterior: los muros blanqueados con cal eran indispensables, la moqueta pardo oscuro era necesaria, y sólo unas baldosas variadas de mo-

saico tipo antiguo podía aspirar a reemplazarla; las vigas al descubierto eran de rigor, y la pequeña escalera interior, la chimenea auténtica, con su fuego, los muebles rústicos o, mejor todavía, provenzales, muy recomendables. Estas transformaciones, que se multiplicaban por todo París afectando indiferentemente a librerías, galerías de arte, mercerías, almacenes de frivolidades y de muebles, tiendas de ultramarinos incluso (no era raro ver a un antiguo tendero muerto de hambre convertirse en Maître Fromager, con un delantal azul que le daba la apariencia de ser un entendido y una tienda con vigas y pajas...); estas transformaciones, por otra parte, provocaban, más o menos legítimamente, un alza de los precios tal que la adquisición de un vestido de lana pura estampado a mano, de un twin-set de cashmere tejido por una vieja campesina ciega de las Islas Oreadas (*exclusivo, auténtico, vegetable-dyed, hand-spun, hand-woven*), o de una suntuosa chaqueta mitad punto, mitad piel (para el week-end, para la cacería, para el coche) resultaba constantemente imposible. Y del mismo modo que miraban las tiendas de los anticuarios, pero para comprar sus muebles no contaban sino con las subastas de los pueblos o con las tiendas menos frecuentadas del Hôtel Drouot (adonde, por lo demás, iban con menos frecuencia de la que hubieran querido), también, todos ellos, sólo aumentaban sus guardarropas frecuentando asiduamente el rastro o, dos veces por año, ciertas

subastas de caridad organizadas por viejas inglesas en beneficio de las obras de la St. George English Church, y en las que abundaban los desechos —no hace falta decir que completamente aceptables— de diplomáticos. En ocasiones se sentían un poco molestos: tenían que abrirse paso entre una densa multitud y revolver entre un montón de cosas horribles —los ingleses no tienen siempre el gusto que se les suele reconocer— antes de encontrar una corbata soberbia, pero sin duda demasiado frívola para un secretario de embajada, o una camisa que había sido perfecta, o una falda que habría que acortar. Pero, desde luego, tenía que ser aquello o nada; la desproporción, que se revelaba en todo, entre la calidad de sus gustos en cuestiones del vestir (nada era demasiado bonito para ellos) y la cantidad de dinero de que disponían normalmente era un signo evidente, pero, a fin de cuentas, secundario, de su situación concreta; pero no eran los únicos; antes que comprar en rebajas, como todo el mundo solía hacer, tres veces al año, preferían las cosas de segunda mano. En el mundo en que vivían era casi una regla desear siempre más de lo que se podía adquirir. No eran ellos quienes la habían decretado; era una ley de la civilización, un dato real del que la publicidad en general, las revistas, el arte de los escaparates, el espectáculo de la calle e, incluso, en un cierto aspecto, el conjunto de las producciones comúnmente llamadas culturales, eran sus expresiones más adecuadas.

Se equivocaban, por tanto, al sentirse, en ciertos instantes, atacados en su dignidad: esas pequeñas mortificaciones —preguntar con un tono poco seguro el precio de alguna cosa, vacilar, intentar el regateo, mirar de reojo los escaparates sin atreverse a entrar, sentir envidia, tener un aire mezquino— hacían también que el comercio progresara. Estaban orgullosos de haber pagado por algo un precio menos caro, de haberlo obtenido por nada, por casi nada. Estaban más orgullosos todavía (pero siempre se paga un poco caro el placer de pagar menos caro) de haber pagado muy caro, lo más caro, de golpe, sin discutir, casi con embriaguez, algo que era, que no podía sino ser lo más bonito, la única cosa bonita, lo perfecto. Estas humillaciones y estos orgullos tenían la misma función, llevaban en sí las mismas decepciones, la misma rabia. Y comprendían, porque por todas partes, en torno a ellos, todo se lo hacía comprender, porque se lo metían en la cabeza a lo largo del día a fuerza de slogans, de carteles, de anuncios luminosos, de escaparates iluminados, que ellos estaban siempre un poco más bajo en la escala, siempre un poco excesivamente abajo. Pero les quedaba el consuelo de no ser aquellos a quienes les había tocado la peor parte, sino al contrario.

Eran «hombres nuevos», jóvenes técnicos que todavía no habían echado todos sus dientes, tecnócratas a medio camino del éxito. Procedían casi todos de la pequeña burguesía, y pensaban que sus valores no les bastaban: miraban con envidia, con desesperación, el bienestar evidente, el lujo, la perfección de los grandes burgueses. Ellos no tenían pasado, ni tradición. No esperaban herencia. De todos los amigos de Jérôme y de Sylvie, sólo uno procedía de una familia rica y bien establecida: negociantes en paños del Norte, una fortuna firme y segura, inmuebles en Lille, acciones, una casa solariega en los alrededores de Beauvais, orfebrería, joyas, habitaciones completas de muebles centenarios. Para todos los demás, la infancia había tenido como marco comedores y alcobas estilo Chippendale o rústico normando, tal como se empezaban a concebir al comienzo de los años 30: camas de clase media con colchas de tafetán rojo, armarios de tres puertas con espejos y dorados, mesas horriblemente cuadradas, de pies torneados, percheros imitando cuernos de ciervo. Allí, por la tarde, bajo la lámpara familiar, habían hecho sus deberes. Habían tenido que bajar la basura, ir a por la leche, se habían marchado dando un portazo. Sus recuerdos de infancia se parecían, como eran casi idénticos los caminos que habían seguido, su lento destacarse

del medio familiar, las perspectivas que parecían haber elegido.

Eran, por consiguiente, de su época. Estaban perfectamente en su papel. No eran, decían ellos, completamente víctimas. Sabían mantener sus distancias. Eran despreocupados o, por lo menos, intentaban serlo. Tenían humor. Estaban muy lejos de ser estúpidos.

Un estudio a fondo habría descubierto fácilmente, en el grupo del que formaban parte, corrientes divergentes, sordos antagonismos. Un sociómetro quisquilloso y ceñudo pronto hubiera descubierto diferencias, exclusiones recíprocas, enemistades latentes. Ocurría de vez en cuando que alguno de ellos, a consecuencia de incidentes más o menos fortuitos, de provocaciones disimuladas, de malos entendidos entredichos, sembrara la discordia en el seno del grupo. Entonces, su buena amistad se derrumbaba. Descubrían, con un estupor fingido, que Fulano de Tal, al que creían generoso, era la mezquindad en persona, que tal otro no era sino un egoísta. Se producía tirantez, se llegaba a la ruptura. A veces sentían un perverso placer en irritarse unos con otros. O bien, se establecían enfados demasiado largos,

períodos de distanciamiento patente, de frialdad. Se evitaban y se justificaban sin cesar de evitarse, hasta que sonaba la hora de los perdones, de los olvidos, de las reconciliaciones calurosas. Pues, a fin de cuentas, no podían pasarse unos sin otros.

Estos juegos les tenían muy ocupados, y así pasaban un tiempo precioso que, sin esfuerzo, habrían podido utilizar en algo muy distinto. Pero eran de tal forma que, con cualquier humor que tuvieran, el grupo que formaban los definía casi totalmente. Fuera de él no tenían vida real. Tenían, sin embargo, la prudencia de no verse demasiado a menudo, de no trabajar siempre juntos, e, incluso, hacían esfuerzos para conservar actividades individuales, zonas privadas en las que podían liberarse, donde podían olvidar un poco, no al grupo mismo, a la maffia, al equipo, sino, naturalmente, el trabajo que subyacía a él. Su vida casi común hacía más fáciles los estudios, las partidas hacia provincias, las noches de análisis o de redacción de informes; pero también les condenaba a ello. Se puede decir que esto era su drama secreto, su debilidad común. Y de esto era de lo que no hablaban jamás.

Su mayor placer era olvidar juntos, es decir, distraerse. Les encantaba beber, en primer lugar, y bebían mucho, a menudo, y juntos. Frequentaban el *Harry's New York Bar*, en la calle

paunou, los cafés del Palais-Royal, el *Balzar*, *Lipp* y otros. Les gustaba la cerveza de Munich, la Guinness, el gin, los ponches calientes o con hielo, los licores de frutas. A veces dedicaban veladas enteras a beber, reunidos en torno a dos mesas que juntaban para la ocasión, y hablaban interminablemente de la vida que les habría gustado llevar, de los libros que escribirían algún día, de los trabajos que les gustaría hacer, de las películas que habían visto o que iban a ver, del porvenir de la humanidad, de la situación política, de sus próximas vacaciones o de las pasadas, de una salida al campo, de un breve viaje a Brujas, a Anvers o a Basilea. Y a veces, hundiéndose cada vez más en estos sueños colectivos, sin hacer nada por despertar de ellos, sino elevándose sin cesar en ellos con una tácita complicidad, acababan por perder todo contacto con la realidad. Entonces, de cuando en cuando, una mano simplemente surgía del grupo: se acercaba el camarero, se llevaba las jarritas vacías y traía otras, y pronto la conversación, cada vez más densa, no trataba ya sino sobre lo que acababan de beber, sobre su borrachera, sobre su sed, sobre su felicidad.

Se sentían enamorados de su libertad. Les parecía que el mundo entero estaba hecho a su medida; vivían al ritmo exacto de su sed, y su exuberancia era inextinguible; su entusiasmo no conocía ya límites. Habían podido caminar, correr, bailar, cantar toda la noche.

Al día siguiente no se veían. Las parejas per-

manecían encerradas en sus casas, a dieta, asqueadas, abusando de cafés puros y de pastillas efervescentes. No salían hasta entrada la noche, iban a cenar a un snack-bar caro un bistec solo. Tomaban decisiones draconianas: dejarían de fumar, no volverían a beber, sería la última vez que derrochaban el dinero. Se sentían vacíos y estúpidos, y en el recuerdo que conservaban de su fenomenal borrachera iba implícita una cierta nostalgia, una vaga irritación, un sentimiento ambiguo, como si el movimiento mismo que les había llevado a beber no hubiera hecho sino avivar una incomprensión más fundamental, una irritación más insistente, una contradicción más firme de la que no se podían separar.

O bien, en casa de alguno de ellos, organizaban cenas casi monstruosas, verdaderas fiestas. En la mayoría de los casos tenían cocinas pequeñas, a veces impracticables, y vajillas desparejadas entre las cuales pasaban desapercibidas algunas piezas un poco nobles. En la mesa, vasos tallados de una extrema finura se codeaban con tarros de mostaza, cuchillos de cocina con cucharillas de plata grabadas.

Volvían de la calle Mouffetard, todos juntos, con los brazos cargados de víveres, cestas enteras de melones y albaricoques, bolsas llenas de quesos, de carne, de pollos, de ostras preparadas, de

conservas de carne, de huevas de pescado, de botellas, en fin, por cajas enteras, de vino, de oporto, de agua mineral, de coca-cola.

Eran nueve o diez. Llenaban el pequeño apartamento, iluminado por una sola ventana que daba al patio; un canapé forrado de terciopelo raído ocupaba hasta el fondo el interior de una hornacina; tres personas se acomodaban en él, ante la mesa servida; los otros se habían instalado en sillas desparejadas, en taburetes. Comían y bebían durante horas. La exuberancia y la abundancia de estas cenas resultaba curiosa: a decir verdad, desde un punto de vista estrictamente culinario, comían de forma mediocre: las carnes asadas y las aves no iban acompañadas de ninguna salsa; las legumbres, casi invariablemente, eran patatas salteadas o hervidas, o, incluso, a finales de mes, como plato fuerte, pastas o arroz acompañado de aceitunas y de algunas anchoas. No eran muy exquisitos para elegir el menú; sus platos más complicados eran el melón al oporto, el plátano a la llama y el pepino a la crema. Tuvieron que pasar varios años para que se dieran cuenta de que existía una técnica, si no un arte, de la cocina, y de que todo lo que les había gustado tanto comer no era sino productos en bruto, sin aderezo ni refinamiento.

En esto mostraban, una vez más, la ambigüedad de su situación: la imagen que se formaban de un festín se correspondía punto por punto a las comidas que durante mucho tiempo habían

conocido exclusivamente en los restaurantes universitarios; de tanto comer bistecs delgados y coriáceos, habían consagrado a los solomillos a la parrilla y a los filetes un verdadero culto. Las carnes en salsa no les atraían, y hasta desconfiaron largo tiempo de los cocidos; conservaban un recuerdo demasiado claro de los trozos de carne nadando entre tres redondas zanahorias, en íntima vecindad con un poco de queso seco y una cucharada de confitura gelatinosa. En cierto modo, les gustaba todo lo que negaba la cocina y exaltaba el aparato. Les gustaba la abundancia y la riqueza aparentes; rechazaban la lenta elaboración que transforma en manjares productos ingratos y que supone un universo de cacerolas, ollas, cuchillos, coladores, hornos. Pero sólo la vista de una tienda de embutidos, a veces, les hacía casi desfallecer, porque en ella todo está listo para ser consumido inmediatamente: les gustaban los foie-gras, las macedonias adornadas con guirnaldas de mayonesa, los rollos de jamón y los huevos en gelatina: sucumbían a todo ello demasiado a menudo, y lo lamentaban, una vez satisfechos sus ojos, apenas habían hundido su tenedor en la gelatina realzada por una rodaja de tomate y dos ramitas de perejil, pues, al fin y al cabo, aquello no era sino un huevo duro.

Tenían, sobre todo, el cine. Y éste era, sin duda, el único campo en que su sensibilidad lo había aprendido todo. En él no debían nada a modelos. Por edad y por formación, pertenecían a esa primera generación para la que el cine fue, más que un arte, una evidencia; siempre lo habían conocido y no como forma balbuceante, sino ya con sus obras maestras, con su mitología. Y a veces les parecía que habían crecido con él, y que lo comprendían mejor de lo que nadie, antes de ellos, lo había comprendido.

Les gustaba el cine. Era su primera pasión; se entregaban a ella casi todas las noches. Les gustaban las imágenes, a poco que fueran bellas, a poco que les arrastraran, les encantaran, les fascinaran. Les gustaba la conquista del espacio, del tiempo, del movimiento, les gustaba el vértigo de las calles de Nueva York, el torpor de los trópicos, la violencia de los saloons. No eran ni demasiado sectarios, como esos espíritus obtusos que sólo tienen un dios: Eisenstein, Buñuel o Antonioni, o, aún —todo hace falta para formar un mundo—, Carné, Vidor, Aldrich o Hitchcock, ni demasiado eclécticos, como esos individuos infantiles que pierden todo sentido crítico y hablan de genialidad por poco que un cielo azul sea azul o que el rojo apagado del vestido de Cyd Charisse resalte sobre el rojo intenso del canapé de Robert

Taylor. No carecían de gusto. Tenían muchas prevenciones contra el llamado cine serio, que les hacía encontrar más bellas aún las obras a las que este calificativo no bastaba para hacer vanas (pero de todas formas, decían, y tenían razón, *Marienbad*: ¡qué mierda!), una simpatía casi exagerada por los westerns, los thrillers, las comedias americanas y por esas aventuras sorprendentes, llenas de vuelos líricos, de imágenes suntuosas, de bellezas fulgurantes y casi inexplicables, como, por ejemplo —siempre las recordaban— *Lola*, *La Croisée des Destins*, *Les Ensorcelés*, *Écrit sur du Vent*.

Raramente iban a oír un concierto, y menos aún al teatro. Pero se encontraban sin haberse citado en la Cinemateca, en el Passy, en el Napoleón, o en esos pequeños cines de barrio —el Kursaal en los Gobelins; el Texas en Montparnasse; el Bikini; el México, en la plaza Clichy; el Alcázar, en Belleville; o en otros, aun, por la parte de la Bastille o el Quinzième, esas salas sin gracia, mal montadas, que parecía frecuentar sólo una clientela formada por parados, argelinos, solterones, aficionados al cine, y que programaban, en infames versiones dobladas, esas obras maestras desconocidas de las que se acordaban desde los quince años, o esas películas consideradas geniales cuya lista se sabían de memoria y que, desde años, intentaban en vano ver. Guardaban un recuerdo maravilloso de estas magníficas veladas en que habían descubierto, o vuelto a descubrir,

casi por azar, *El Corsario Rojo*, *El mundo le pertenece*, o *Les Forbans de la Nuit*, o *My Sister Eüeen*, o *Les Cinq mille doigts du Docteur T*. Por desgracia, muy a menudo, es verdad que quedaban tremendamente decepcionados. Aquellas películas que habían esperado durante tanto tiempo, hojeando casi febrilmente, cada miércoles, apenas salía, la *Guía de los Espectáculos*, aquellas películas que casi todo el mundo les había asegurado que eran admirables, por fin aparecían anunciadas. Coincidían todos en la sala la primera noche. La pantalla se iluminaba, y ellos se estremecían de placer. Pero los colores resultaban viejos, las imágenes saltaban, las mujeres habían envejecido terriblemente; salían: se sentían tristes. No era la película que habían soñado. No era esa película total que cada uno de ellos llevaba en sí, esa película perfecta que no habrían sido capaces de agotar. Esa película que habrían querido hacer ellos. O, más secretamente, sin duda, que ellos habrían querido vivir.

Así vivían, ellos y sus amigos, en sus pequeños apartamentos abarrotados y simpáticos, con sus paseos y sus películas, sus comilonas fraternales, sus proyectos maravillosos. No eran desgraciados. Sus jornadas estaban iluminadas por ciertas alegrías del vivir, furtivas, evanescentes. Algunas noches, después de la cena, vacilaban en levantarse de la mesa; terminaban una botella de vino, partían nueces, encendían cigarrillos. Ciertas noches no lograban dormirse y, medio sentados, apoyados en las almohadas, con su cenicero entre ellos, hablaban hasta la mañana. Ciertos días se paseaban charlando durante horas enteras. Se miraban sonriendo en los espejos de los escaparates. Les parecía que todo era perfecto; caminaban libremente, sus movimientos eran sueltos, el tiempo no parecía ya atosigarles. Les bastaba estar allí, en la calle, un día de frío seco, con mucho viento, con buenas prendas de abrigo, a la caída del día, dirigiéndose sin prisas, pero a buen paso, hacia la casa de un amigo, para que el menor de sus gestos —encender un cigarrillo, comprar un cucurucho de castañas calientes, mezclarse entre

la multitud a la salida de una estación —les pareciese la expresión evidente, inmediata, de una felicidad inagotable.

O bien, ciertas noches de verano, caminaban largamente por barrios casi desconocidos. Una luna perfectamente redonda brillaba alta en el cielo y proyectaba sobre todas las cosas una luz suave. Las calles, desiertas y largas, anchas, sonoras, resonaban con sus pasos sincronizados. Casi sin ruido, pasaba lentamente algún taxi. Entonces se sentían los amos del mundo. Sentían una exaltación desconocida, como si fueran dueños de secretos fabulosos, de fuerzas inexpresables. Y, cogiéndose de la mano, echaban a correr, o jugaban a tres en raya, o corrían a la pata coja por las aceras y gritaban al unísono las grandes arias de *Così fan tutte* o de la *Misa en sí*.

O bien, empujaban la puerta de un restaurante y, con una alegría casi ritual, se dejaban penetrar por el cálido ambiente, por el estrechocar de los cubiertos, el tintinear de los vasos, el ruido suave de las voces, las promesas de los manteles blancos. Elegían el vino gravemente, desplegaban su servilleta, y, entonces, al calor, frente a frente, fumando un cigarrillo que apagarían un instante

después, apenas empezado, cuando llegaran los entremeses, les parecía que su vida sólo sería la inagotable suma de aquellos momentos propicios, y que serían siempre felices, porque merecían serlo, porque sabían mantenerse disponibles, porque la felicidad estaba en ellos. Se encontraban sentados uno frente a otro, se disponían a comer después de haber tenido hambre, y todas estas cosas —el mantel blanco de gruesa tela, la mancha azul de un paquete de *gitanes*, los platos de porcelana, los cubiertos más bien pesados, las copas para el agua, el cestillo de mimbre lleno de pan recién hecho— componían el marco siempre nuevo de un placer casi visceral, en el límite del aturdimiento: la impresión, casi exactamente contraria y casi exactamente igual a la que provoca la velocidad, de una formidable estabilidad, de una formidable plenitud. A partir de esta mesa servida, tenían la impresión de una sincronía perfecta: estaban al unísono del mundo, se bañaban en él, se sentían a gusto, en él, no tenían nada que temer de él.

Acaso sabían, un poco mejor que los demás, descifrar, o incluso suscitar, estos signos favorables. Sus oídos, sus dedos, su paladar, como si estuvieran constantemente al acecho, no esperaban sino estos instantes propicios, que la menor cosa bastaba para provocar. Pero, en los momentos en que se dejaban transportar por un sentimiento de calma chicha, de eternidad, no turbado por tensión alguna, en el que todo estaba equili-

brado, todo era deliciosamente lento, la fuerza misma de estas alegrías exaltaba todo lo que en ellas había de efímero y de frágil. No hacía falta mucho para que todo se derrumbara: la menor nota falsa, un simple momento de vacilación, un signo un poco excesivamente grosero, y su felicidad se dislocaba; volvía a ser lo que nunca había dejado de ser, una especie de contrato, algo que ellos habían comprado, una cosa frágil y lastimera, un simple instante de tregua que les devolvía con violencia a lo más peligroso, a lo más incierto de su existencia, de su historia.

Lo malo de las encuestas es que no duran. En la historia de Jérôme y de Sylvie estaba escrito ya el día en que tendrían que elegir: o conocer el paro, el subempleo, o integrarse más firmemente en una agencia, entrar en ella a jornada completa, hacerse de plantilla. O, si no, cambiar de profesión, encontrar otra cosa, pero esto no era sino trasladar el problema. Pues si se admite gustosamente, en individuos que no han llegado todavía a los treinta años, que conserven una cierta independencia y trabajen a su aire, si incluso se aprecia a veces su disponibilidad, su espíritu abierto, la variedad de su experiencia o lo que llaman su polivalencia, se exige, en cambio, por lo demás muy contradictoriamente, de todo futuro colaborador, que una vez pasado el cabo de los treinta

años (haciendo así, precisamente, de los treinta años un tope), dé pruebas de una estabilidad segura y que estén garantizados su puntualidad, su sentido de la seriedad, su fidelidad, su disciplina. Los patronos, particularmente en la publicidad, no sólo se niegan a contratar a individuos que han pasado de los treinta y cinco años, sino que dudan en depositar su confianza en alguien que, a los treinta, no ha estado jamás fijo. En cuanto a seguir utilizándolos, como si no ocurriera nada, sólo episódicamente, resulta ya imposible: la inestabilidad no es seria; a los treinta años hay que estar establecido o no se es nadie. Y no se ha establecido uno si no ha encontrado su puesto, si no se ha formado su rincón, si no tiene sus llaves, su despacho, su plaquita.

Jérôme y Sylvie pensaban a menudo en este problema. Tenían todavía algunos años por delante, pero la vida que llevaban, la paz, completamente relativa, que conocían, jamás serían algo adquirido. Todo se iría desmoronando; no les quedaría nada. No se sentían aplastados por su trabajo, su vida estaba asegurada, valiera lo que valiera, un año con otro, mal que bien, sin que ningún oficio la consumiera por sí solo. Pero esto no duraría.

No se puede seguir siendo durante mucho tiempo simple encuestador. Apenas formado, el psicólogo asciende de prisa a los escalones superiores: se convierte en subdirector o en di-

rector de agencia, o encuentra en alguna gran empresa un ansiado puesto de jefe de servicio, encargado del reclutamiento del personal, de la orientación, de las relaciones sociales, o de la política comercial. Buenos puestos todos ellos: sus despachos están cubiertos de moquetas, tienen dos teléfonos, un dictáfono, un refrigerador de salón e incluso, a veces, un cuadro de Bernard Buffet en una de las paredes.

Jérôme y Sylvie, ay, lo pensaban a menudo, y a veces se decían: quien no trabaja no come, sí, pero quien trabaja no vive. Creían haber hecho ya esta experiencia, tiempo atrás, durante algunas semanas. Sylvie se hizo documentalista en una oficina de estudios; Jérôme interpretaba encuestas. Sus condiciones de trabajo eran más que agradables: llegaban cuando les parecía bien, leían el periódico en el despacho, salían a menudo para tomarse una cerveza o un café, e, incluso, sentían por el trabajo que realizaban, al prolongarse, una simpatía creciente, alentada por la vaga promesa de un puesto fijo, de un contrato bueno y regular, de un ascenso rápido. Pero no aguantaron mucho tiempo. Al despertar se sentían a disgusto; y al regresar, cada tarde, en el metro abarrotado, volvían llenos de rencores; se dejaban caer, entontecidos, sucios, sobre su diván, y ya no soñaban sino con largos week-ends, jornadas sin nada que hacer, con levantarse tarde.

Se sentían encerrados, cogidos en una trampa, tratados como ratas. No podían resignarse a ello.

Todavía creían que les podían suceder tantas cosas que la regularidad misma del horario, la sucesión de los días, de las semanas, les parecían una traba que no vacilaban en calificar de infernal. Pero, con todo, era el comienzo de una buena carrera: se abría ante ellos un buen porvenir; vivían esos instantes épicos en que el jefe le considera a uno como un joven serio, se felicita *in petto* por haberle aceptado, se apresura a formarle, a hacerle a imagen suya, le invita a cenar, le da un golpe familiar en la tripa, y, con un solo gesto, le abre las puertas de la fortuna.

Eran estúpidos —cuántas veces se repitieron que eran estúpidos, que cometían un error, que, en todo caso, no tenían más razón que los otros, los que se esforzaban denodadamente, los que trepaban—, pero les gustaban sus largas jornadas de ocio, sus despertares perezosos, sus mañanas en la cama, con un montón de novelas policíacas y de ciencia-ficción a su lado, sus paseos nocturnos, a lo largo de los muelles, y la sensación casi exaltadora de libertad que sentían ciertos días, la sensación de vacaciones que se apoderaba de ellos cada vez que volvían de hacer una encuesta en provincias.

Sabían, desde luego, que todo esto era falso, que su libertad no era más que un señuelo. Su vida estaba más marcada por sus búsquedas casi desesperadas de trabajo, cuando, cosa frecuente, una de las agencias que les daban empleo se hundía o era absorbida por otra mayor, por sus fines

de semana con los cigarrillos contados, por el tiempo que perdían, algunos días, en lograr que les invitaran a comer.

Estaban en medio de la situación más banal, más estúpida del mundo. Pero aunque sabían que era banal y estúpida, seguían en ella, sin embargo: la oposición entre el trabajo y la libertad no constituía ya, desde hacía mucho tiempo, como habían oído decir, un concepto riguroso; no obstante, era lo que les determinaba primordialmente.

La gente que elige ganar dinero primeramente, los que dejan para más adelante, para cuando sean ricos, sus *verdaderos* proyectos, no están equivocadas forzosamente. Los que no quieren sino vivir y llaman vida a la libertad máxima, a la exclusiva búsqueda de la felicidad, a la sola satisfacción de sus deseos o de sus instintos, al uso inmediato de las riquezas ilimitadas del mundo —Jérôme y Sylvie se habían hecho este vasto programa—, serán siempre desgraciados. Es cierto, reconocían, que hay individuos a los que esta clase de dilemas no se les plantea, o apenas se les plantea, porque son demasiado pobres y no tienen todavía otras exigencias que las de comer un poco mejor, tener una vivienda un poco mejor, trabajar un poco menos, o porque son demasiado ricos desde el comienzo para comprender el alcance o incluso

el significado de semejante distinción. Pero en nuestro tiempo y en nuestros ambientes, cada vez hay más gente que no es ni rica ni pobre: sueñan con la riqueza y podrían enriquecerse, y de aquí nacen sus desgracias.

Un joven imaginario que hace algunos estudios, cuando cumple honrosamente sus obligaciones militares, se encuentra hacia los veinticinco años con las manos tan vacías como el primer día, aunque ya posea virtualmente, por su propio saber, más dinero del que jamás haya podido desear. Es decir, que él sabe con certeza que llegará un día en que tendrá su apartamento, su casa de campo, su coche, su equipo de alta fidelidad. Se encuentra, sin embargo, con que estas maravillosas promesas siempre se hacen esperar: pertenecen, por sí mismas, a un proceso del que también dependen, pensándolo bien, el matrimonio, el nacimiento de los hijos, la evolución de los valores morales, de las actitudes sociales y de los comportamientos humanos. En una palabra, el joven tendrá que establecerse, y a ello tendrá que consagrar por lo menos quince años.

Semejante perspectiva no es reconfortante. Nadie se entrega a ella sin refunfuñar. ¿De modo —se dice el joven que está empezando— que voy a tener que pasarme el día dentro de esos despachos encristalados en lugar de irme a pasear por

los prados floridos, y voy a vivir lleno de esperanzas cuando se hable de ascensos, voy a tener que ser un calculador, un intrigante, voy a tener que contener mis ansias, yo, que soñaba con la poesía, con trenes nocturnos, con cálidas playas? Y, creyendo consolarse, cae en la trampa de las ventas a plazos. Y entonces es cuando está cogido y bien cogido: ya no le queda sino armarse de paciencia. Cuando ya está al final de sus penalidades, ay, el joven ya no es tan joven, y, el colmo de la desgracia, podrá parecerle incluso que su vida ha pasado ya, que no era sino su esfuerzo, y no su objeto, e, incluso, si es demasiado sabio, demasiado prudente —puesto que su lento ascenso le habrá proporcionado una sana experiencia— para atreverse a sostener tales propósitos, ello no hará que sea menos cierto que ya tiene cuarenta años y que la instalación de sus dos residencias, la principal y la secundaria, y la educación de sus hijos han bastado para llenar el escaso tiempo que no habrá podido consagrar a su labor...

La impaciencia, se dijeron Jérôme y Sylvie, es una virtud del siglo veinte. A los veinte años, cuando hubieron visto, o creyeron haber visto, lo que la vida podía ser, la cantidad de gozos que ocultaba, las infinitas conquistas que permitía, etcétera, comprendieron que no tendrían fuerza para esperar. Podían, al igual que los demás, triun-

far; pero lo que ellos querían es haber triunfado. Por esto eran, sin duda, lo que se ha convenido en llamar intelectuales.

Pues todo les decía que no tenían razón, y para empezar, la vida misma. Ellos querían gozar de la vida, pero, en todo lo que les rodeaba, el gozo se confundía con la propiedad. Querían mantenerse disponibles, y casi inocentes, pero los años pasaban de todas formas, y no les traían nada. Los otros avanzaban, cargados de cadenas acaso, pero ellos no avanzaban de ningún modo. Los otros acababan por no ver ya en la riqueza sino un fin, pero ellos no tenían dinero en absoluto.

Se decían que no eran los más desgraciados. Acaso tenían razón. Pero la vida moderna excitaba su propia desgracia, mientras que disimulaba la desgracia de los otros: los otros iban por el buen camino. Ellos eran poca cosa: ganaban poco, hacían la guerra por su cuenta, eran unos lunáticos. Es verdad, por otra parte, que en un cierto sentido el tiempo trabajaba en su favor, y que tenían del mundo posible imágenes que podían parecer exaltadoras. Estaban de acuerdo en considerarlo un mezquino consuelo.

Habían hecho de su vida algo provisional. Trabajaban como otros hacen sus estudios: eligiendo sus horarios. Vagaban por las calles como sólo los estudiantes saben hacerlo.

Pero los peligros les acechaban por todas partes. Habrían querido que su historia fuera la historia de la felicidad; con demasiada frecuencia no era sino la de una felicidad amenazada. Eran bastante jóvenes, pero el tiempo pasaba de prisa. El eterno estudiante es un tipo siniestro; un fracasado, un mediocre, es más siniestro todavía. Tenían miedo.

Disponían de tiempo libre; pero el tiempo trabajaba también en contra suya. Había que pagar el gas, la luz, el teléfono. Había que comer todos los días. Había que vestirse, pintar de vez en cuando las paredes, cambiar las sábanas, mandar a lavar la ropa, dar las camisas a planchar, comprar zapatos, coger el tren, comprar muebles.

A veces, lo económico les devoraba por completo. No cesaban de pensar en ello. Su vida afec-

tiva incluso, en gran medida, dependía estrechamente de ello. Todo hacía pensar que, cuando fueran un poco ricos, cuando tuvieran un poco de reservas, su felicidad común sería indestructible; ningún apremio parecía limitar su amor. Sus gustos, sus caprichos, sus imaginaciones, sus apetitos se confundían en una libertad idéntica. Pero esos momentos eran privilegiados; lo más frecuente era que tuvieran que luchar: a las primeras señales de escasez en el dinero, no era raro que se alzaran uno contra otro. Se enfrentaban por cualquier cosa, por cien francos derrochados, por un par de medias, por los platos sin fregar. Entonces, durante largas horas, durante jornadas enteras, ya no se hablaban. Comían el uno frente al otro, rápidamente, como si estuvieran solos, sin mirarse. Se sentaban cada uno en un extremo del diván, dándose a medias la espalda. Uno de los dos hacía interminables solitarios.

Entre ellos se alzaba el dinero. Era un muro, una especie de tope contra el que chocaban a cada instante. Era algo peor que la miseria: el fastidio, la estrechez, la escasez. Vivían el mundo cerrado de su vida cerrada, sin porvenir, sin otras salidas que los milagros imposibles, los sueños estúpidos que no se tenían en pie. Se ahogaban. Sentían que naufragaban.

Desde luego, podían hablar de otra cosa: de un libro recién publicado, de un director de teatro, de la guerra, o de los demás, pero a veces les parecía que sus únicas *verdaderas* conversaciones se referían al dinero, a la comodidad, al bienestar. Entonces, el tono subía, la tensión se hacía mayor. Hablaban y, al hablar, se daban cuenta de todo lo que había en ellos de imposible, de inaccesible, de miserable. Se ponían nerviosos; todo les afectaba demasiado; se sentían aludidos, implícitamente, por el otro. Se entusiasmaban con proyectos de vacaciones, de viajes, de apartamento, y luego los destruían rabiosamente: les parecía que su vida más real se revelaba en su verdadero aspecto como algo inconsistente, inexistente. Entonces se callaban, y su silencio estaba lleno de rencor; odiaban a la vida y, en ocasiones, tenían la debilidad de odiarse mutuamente; pensaban en sus estudios frustrados, en sus vacaciones sin alicientes, en su vida mediocre, en su apartamento abarrotado, en sus sueños imposibles. Se miraban, y se encontraban feos, mal vestidos, sin soltura, malhumorados. A su lado, por la calle, los automóviles se deslizaban lentamente. En las plazas, los anuncios luminosos se encendían y se apagaban. En las terrazas de los cafés, las gentes parecían

peces satisfechos. Odiaban al mundo. Regresaban a su casa, a pie, cansados. Se acostaban sin decirse una palabra.

Bastaba que algo fallara un día, que una agencia cerrara sus puertas, o que les encontraran con demasiada edad o demasiado irregulares en su trabajo, o que uno de los dos se pusiera enfermo, para que todo se derrumbara. Ante ellos no había nada, y nada había a sus espaldas. A menudo pensaban en este tema angustioso. Volvían sin cesar a él, a pesar suyo. Se veían sin trabajo durante meses enteros, aceptando, para sobrevivir, trabajos miserables, pidiendo prestado, mendigando trabajo. Entonces vivían, a veces, instantes de intensa desesperación: soñaban con oficinas, puestos fijos, jornadas regulares, situaciones definidas. Pero estas imágenes invertidas quizá les desesperaban aún más: les parecía que no podían reconocerse en la cara, aunque fuera resplandeciente, de un sedentario; decidían que odiaban las jerarquías, y que las soluciones, milagrosas o no, vendrían de otro sitio, del mundo, de la Historia. Continuaban su vida bamboleante: correspondía a su pendiente natural. En un mundo lleno de imperfecciones, no les costaba trabajo convencerse de que su vida no era la más imperfecta. Vivían al día; gastaban en seis horas lo que habían ganado en tres días; pedían prestado

con frecuencia; comían patatas fritas infames, fumaban juntos su último cigarrillo, buscaban a veces durante dos horas un billete de metro, llevaban camisas arregladas, escuchaban discos estropeados, hacían auto-stop, y estaban, todavía con demasiada frecuencia, cinco o seis semanas sin cambiar las sábanas. No estaban lejos de pensar que, al fin y al cabo, esta vida también tenía su encanto.

Cuando evocaban juntos su vida, sus costumbres, su porvenir, cuando, con una especie de frenesí, se entregaban por entero al desenfreno de los mundos mejores, se decían a veces, con una melancolía un poco apagada, que no tenían las ideas claras. Posaban sobre el mundo una mirada confundida, y la lucidez que presumían tener estaba acompañada a menudo por fluctuaciones inciertas, por acomodaciones ambiguas y consideraciones varias, que mermaban, minimizaban o incluso desvalorizaban una buena voluntad que, sin embargo, era evidente.

Les parecía que ello constituía un camino, o una ausencia de camino, que les definía perfectamente, y no sólo a ellos, sino a todos los de su edad. Las generaciones anteriores, se decían a veces, habían logrado tener, sin duda, una conciencia más precisa a la vez de ellas mismas y del mundo en que vivían. Quizá les habría gustado tener veinte años durante la guerra de España o durante la Resistencia: a decir verdad, se sentían a gusto hablando de estas cosas; les parecía que los problemas que entonces se planteaban,

los que imaginaban que se debieron plantear, eran más claros, aun cuando la necesidad de responder a ellos resultó ser más apremiante; ellos tenían que responder sólo a cuestiones insidiosas.

Era una nostalgia un tanto hipócrita: la guerra de Argelia había empezado con ellos y continuaba ante sus ojos. Apenas si les afectaba; actuaban a veces, pero raramente se sentían obligados a actuar. Durante mucho tiempo no pensaron que su vida, su porvenir, sus concepciones, pudieran un día ser trastornadas. Tiempo atrás esto había sido parcialmente verdad: durante sus años de estudiantes habían participado, de una forma más espontánea, y a menudo casi entusiasta, en los meetings y manifestaciones callejeras que marcaron el comienzo de la guerra, los llamamientos de reservistas, y, sobre todo, el advenimiento del gaullismo. Una relación casi inmediata se establecía entonces entre estas acciones, por limitadas que fueran, y el objeto que pretendían. Y se les podría haber reprochado seriamente, en esta ocasión, que se equivocaron: la guerra continuó, se estableció el gaullismo, Jérôme y Sylvie abandonaron sus estudios. En los medios de la publicidad, generalmente situados, de una forma casi mitológica, a la izquierda, pero más fácilmente definibles por el tecnocratismo, por el culto de la eficiencia, de la modernidad, de la complejidad, por el gusto de la especulación prospectiva, la tendencia más bien demagógica a la sociología, y la opinión, todavía bastante difundida, de que

nueve de cada diez personas son tontos capaces de cantar a coro las alabanzas de lo que sea o de quien sea, en estos medios de la publicidad, pues, era de buen tono despreciar toda política de corto alcance y no considerar la historia más que por siglos. Por otra parte, encontraron que, fuera lo que fuera, el gaullismo era una respuesta adecuada, infinitamente más dinámica de lo que al principio se había proclamado por todas partes que sería, y cuyo peligro estaba siempre en otro aspecto que en el que se creía verle.

La guerra continuaba, sin embargo, aunque no les parecía sino un episodio, un hecho casi secundario. Ciertamente tenían mala conciencia. Pero, a fin de cuentas, ellos no se sentían ya responsables sino en la medida en que recordaban haberse creído afectados en tiempos, o bien porque se adherían, casi por costumbre, a imperativos morales de un alcance muy general. En esta indiferencia habrían podido medir la vanidad o, quizá incluso, la apatía, de muchos de sus entusiasmos. Pero no era esa la cuestión: habían visto, casi con sorpresa, a algunos de sus antiguos amigos lanzarse, tímida o temerariamente, en ayuda del F.L.N. No habían llegado a comprender la razón, al no poder tomar en serio ni una explicación romántica, que más bien les divertía, ni una explicación política, que casi les escapaba completamente. Por su parte, habían resuelto el problema de una forma mucho más sencilla: Jérôme y

tres de sus amigos, gracias a importantes recomendaciones y a certificados falsos, consiguieron a tiempo que les declararan inútiles.

Fue la guerra de Argelia, sin embargo, y sólo ella, lo que, durante casi dos años, les protegió de sí mismos. Después de todo, habrían podido envejecer peor o más de prisa. Pero no fue ni a su decisión, ni a su voluntad, ni siquiera, a pesar de lo que pudieran decir ellos, a su sentido del humor, a lo que debieron el escapar, por algún tiempo aún, a un porvenir que ellos pintaban complacidos con los colores más sombríos. Los acontecimientos que, desde el putsch de Argel hasta los muertos de Charonne, marcaron en 1961 y 1962 el final de la guerra, les hicieron olvidar o, más bien, poner entre paréntesis, momentáneamente, pero con una eficacia singular, sus preocupaciones cotidianas. Los pronósticos más pesimistas, el miedo a no salir adelante jamás, a acabar en la estrechez, en la mezquindad, les parecieron ciertos días mucho menos temibles que lo que estaba pasando ante sus ojos, que lo que les amenazaba cada día.

Fue una época triste y violenta. Las amas de casa almacenaban kilos de azúcar, botellas de aceite, latas de atún, de café, de leche condensada. Patrullas de guardias móviles, con casco, con impermeables negros, calzados con botas, recorrían lentamente el bulevar Sebastopol.

Como en la parte de atrás de sus coches llevaban con frecuencia números atrasados de periódicos que había motivos para pensar que a cierta gente quisquillosa les parecían desmoralizadores, subversivos o simplemente liberales —*Le Monde, Libération, France-Observateur*—, llegó a sucederles incluso a Jérôme, a Sylvie o a sus amigos sentir temores furtivos y ver fantasmas inquietantes: les seguían, tomaban la matrícula de su vehículo, les espiaban, les tendían una trampa: cinco legionarios borrachos les pegaban hasta dejarles por muertos sobre el pavimento mojado, en la esquina de una calle oscura, en un barrio de mala fama...

Esta irrupción del martirio en su vida cotidiana, que se convertía a veces en obsesión y que, les parecía, era característica de una cierta actitud colectiva, daba a los días, a los acontecimientos, a los pensamientos, una especial coloración. Imágenes de sangre, de explosión, de violencia, de terror, les acompañaban continuamente. Ciertos días podía dar la impresión de que estaban dispuestos a todo; pero, al día siguiente, la vida era frágil, el porvenir sombrío. Pensaban en el exilio, en campos pacíficos, en lentos cruceros. Les habría gustado vivir en Inglaterra, donde la policía tiene la reputación de ser respetuosa de la persona humana. Y durante todo el invierno, a medida que se acercaban al alto el fuego, pensaron en la próxima primavera, en las próximas vacaciones, en el año siguiente, cuando, según los periódicos, se habrían calmado las pasiones fratri-

das, cuando de nuevo sería posible vagar por la calle, pasear de noche, con el corazón tranquilo, el cuerpo sano y salvo.

La presión de los acontecimientos les llevó a tomar posición. Ciertamente que su compromiso sólo fue epidérmico; en ningún momento se sintieron fundamentalmente implicados; su conciencia política, por mucho que existiera en condición de tal, como forma organizada y reflexiva, y no como magma de opiniones más o menos orientadas, se situaba, pensaban, más allá, o más acá, del problema argelino, al nivel de alternativas más utópicas que reales, al nivel de debates generales que apenas tenían posibilidades, lo reconocían lamentándolo, de desembocar en una práctica concertada. No obstante, ingresaron en el Comité Antifascista que acababa de crearse en su barrio. Se levantaron varias veces a las cinco de la mañana para ir, con otros tres o cuatro, a pegar carteles invitando a la gente a que se mostrara vigilante, denunciando a los culpables y cómplices, condenando los cobardes atentados, honrando a las víctimas inocentes. Pasaron a la firma peticiones por todas las casas de su calle, y tres o cuatro veces fueron a hacer guardia ante edificios amenazados.

Participaron en algunas manifestaciones. En aquellos días, los autobuses pasaban sin letreros, los cafés cerraban pronto, la gente se apresuraba a regresar a sus casas. Se pasaban el día con miedo. Salían a regañadientes. Eran las cinco, caía

una fina lluvia. Miraban a los otros manifestantes con leves sonrisas crispadas, buscaban amigos, se esforzaban por hablar de otra cosa. Luego se formaban los cortejos, se deshacían, se paraban. Desde el centro de su multitud, veían ante sí una gran zona de asfalto mojado y lúgubre; luego, cubriendo la anchura del bulevar, la línea negra, densa, de los C.R.S. Filas de camiones azul oscuro, con tela metálica en los cristales de las ventanillas, pasaban a lo lejos. Pateaban en el mismo sitio, cogidos de las manos, empapados de sudor, apenas si se atrevían a gritar, y se dispersaban corriendo a la primera señal.

No era mucho. Eran los primeros en ser conscientes de ello, y a menudo se preguntaban, en medio del alboroto, qué estaban haciendo allí, con frío, bajo la lluvia, en aquellos barrios siniestros, la Bastille, la Nation, el Hôtel de Ville. Les habría gustado que algo les probara que lo que hacían era importante, necesario, irremplazable, que sus esfuerzos temerosos tenían un sentido para ellos, eran algo que necesitaban, algo que podía ayudarles a conocerse, a transformarse, a vivir. Pero no; su verdadera vida estaba en otro sitio, en un porvenir próximo o lejano, lleno también de amenazas, pero de amenazas más sutiles, más solapadas: trampas impalpables, redes encantadas.

El atentado de Issy-les-Moulineaux y la breve manifestación que le siguió marcaron el fin de sus actividades militantes. El Comité Antifascista de su barrio se reunió todavía una vez, y tomaron el acuerdo de intensificar su acción. Pero, en vísperas de las vacaciones, ni siquiera la simple vigilancia parecía estar ya justificada.

No habrían podido decir exactamente lo que había cambiado con el fin de la guerra. Durante mucho tiempo les pareció que la única impresión que podían sentir era la de un acabamiento, la de un final, la de una conclusión. No un *happy end*, no un golpe teatral, sino, al contrario, un final lánguido, melancólico, que dejaba detrás una sensación de vacío, de amargura, que se anegaba en la sombra de los recuerdos. Un tiempo había pasado, había huido; una etapa había quedado atrás; la paz había vuelto, una paz que ellos no habían conocido nunca; la guerra terminaba. De un golpe, siete años se hundían en el pasado: sus años de estudiantes, los años de sus encuentros, los mejores años de su vida.

Quizá no había cambiado nada. Aún se asomaban a veces a las ventanas, miraban el patio, los pequeños jardines, el castaño, escuchaban a los pájaros. Otros libros, otros discos habían venido a apilarse sobre los estantes inseguros. El diamante del tocadiscos empezaba a estar gastado.

Su trabajo seguía siendo el mismo: seguían haciendo las mismas encuestas que tres años

atrás: ¿Cómo se afeita usted? ¿Se limpia usted sus zapatos? Habían visto y vuelto a ver algunas películas, habían hecho algunos viajes, habían descubierto otros restaurantes. Se habían comprado camisas y zapatos, chandails y faldas, platos, sábanas, chucherías.

Lo que había de nuevo era muy insidioso, muy desvaído, y estaba muy ligado a su única historia, a sus sueños. Estaban cansados. Habían envejecido, sí. Ciertos días, tenían la impresión de que todavía no habían empezado a vivir. Pero la vida que llevaban les parecía cada vez más frágil, más efímera, y se sentían sin fuerzas, como si la espera, la penuria, la estrechez, les hubiera desgastado, como si todo hubiera sido natural: los deseos insatisfechos, las alegrías imperfectas, el tiempo perdido.

A veces habrían querido que todo durara, que nada cambiara. No tener sino que dejarse llevar. Que su vida les acunara. Su vida se iría prolongando a lo largo de los meses, de los años, sin cambiar, apenas, sin forzarles jamás. No sería sino la sucesión armoniosa de los días y las noches, una modulación casi imperceptible, la vuelta incesante a los mismos temas, una continua felicidad, un sabor perpetuo al que ningún trastorno, ningún acontecimiento trágico, ninguna peripecia pondría en peligro.

En otras ocasiones no podían ya más. Querían combatir, y vencer. Querían luchar, conquistar su felicidad. Pero ¿cómo luchar? ¿Contra quién?

¿Contra qué? Vivían en un mundo extraño y variable, el universo reverberante de la civilización mercantil, las prisiones de la abundancia, las trampas fascinadoras de la felicidad.

¿Dónde estaban los peligros? ¿Dónde estaban las amenazas? Millones de hombres, anteriormente, han luchado e incluso luchan todavía por el pan. Jérôme y Sylvie no creían que se pudiera luchar por los divanes Chesterfield. Pero esto habría sido, sin embargo, la consigna que más fácilmente les habría puesto en movimiento. Les parecía que en los programas, en los planes, no había nada que les concerniera: se mofaban de los retiros adelantados, de las vacaciones prolongadas, de las comidas del mediodía gratuitas, de las semanas de treinta horas. Ellos querían la superabundancia: soñaban con platinos de casa Clément, con playas desiertas para ellos solos, con vueltas al mundo, con palacios.

El enemigo era invisible. O, mejor, estaba en ellos, les había podrido, gangrenado, destrozado. A ellos les había tocado pagar. Eran unos pobres seres dóciles, fieles reflejos de un mundo que les despreciaba. Estaban hundidos hasta el cuello en un pastel del que jamás tendrían sino las migajas.

Durante mucho tiempo, las crisis que habían atravesado apenas si habían empañado su buen humor. No les parecían fatales; no ponían nada

en peligro. Se decían a menudo que la amistad les protegía. La cohesión del grupo constituía una garantía segura, un punto de referencia estable, una fuerza con la que podían contar. Pensaban que tenían razón porque se sabían solidarios, y nada les gustaba tanto como reunirse en casa de éste o aquél, ciertos finales de mes particularmente difíciles, sentados a la mesa ante un puchero de patatas con tocino, compartiendo, lo más fraternalmente posible, sus últimos cigarrillos.

Pero también las amistades se iban deshaciendo. Ciertas noches, en el espacio cerrado de sus apartamentos exiguos, las parejas reunidas se enfrentaban con la mirada y de palabra. Otras, comprendían, al fin, que su amistad, tan bella, su vocabulario casi iniciático, sus gags íntimos, ese mundo común, ese lenguaje común, esos gestos comunes que habían ido forjando, no conducían a ninguna parte: era un universo acartonado, un mundo frenético que no llevaba a ningún sitio. Su vida no era conquista, era desmoronamiento, dispersión. Se daban cuenta, entonces, de hasta qué punto estaban condenados a la costumbre, a la inercia. Se aburrían juntos, como si entre ellos no hubiera existido nunca sino el vacío. Durante mucho tiempo, los juegos de palabras, las franchelas, las excursiones al bosque, las comilonas, las largas discusiones sobre una película, los proyectos, los chismes, habían sustituido a la aventura, a la historia, a la verdad. Pero no eran sino frases huecas, gestos vacíos, sin densidad, sin

salida, sin porvenir, palabras repetidas mil veces, manos mil veces estrechadas, un ritual que ya no les protegía.

Entonces, durante una hora se esforzaban por ponerse de acuerdo sobre la película que irían a ver. Hablaban para no decir nada, jugaban a las adivinanzas o a los retratos chinos. Cada pareja, al quedarse sola, hablaba amargamente de los demás y a veces de ellos mismos; evocaban con nostalgia su juventud pasada; se acordaban de que habían sido entusiastas, espontáneos, llenos de proyectos auténticos, de imágenes suntuosas, de deseos. Soñaban con nuevas amistades, pero apenas si lograban imaginarlas.

Lentamente, pero con una evidencia inexorable, el grupo se fue deshaciendo. Con una rapidez en ciertos casos brutal, apenas en unas semanas, a algunos de ellos se les hacía evidente que jamás volvería a ser posible la vida de antes. El cansancio era demasiado grande, el mundo que les rodeaba demasiado exigente. Los que habían vivido en habitaciones sin agua, los que habían comido con un trozo de pan, los que habían creído vivir como a ellos les parecía, los que habían resistido sin un momento de desaliento, un buen día sentaban la cabeza; de un modo casi natural, casi objetivo, se imponían la tentación de un

trabajo estable, de un puesto fijo, de primas, de pagas extraordinarias.

Uno tras otro, casi todos los amigos sucumbieron. A los tiempo de la vida sin amarras, sucedían los tiempos de la seguridad. No podemos continuar, decían, toda la vida así. Y este *así* era un gesto vago, que lo incluía todo: la vida de juerga continua, las noches en blanco, las patatas, los trajes raídos, las penalidades, el metro.

Poco a poco, sin darse realmente cuenta, Jérôme y Sylvie se encontraron casi solos. La amistad no era posible, les parecía, sino cuando se está igual, cuando se lleva la misma vida. Pero el que una pareja, de pronto, adquiriera lo que para otra era casi la fortuna, o la promesa de una fortuna ya próxima, y otra, en cambio, no tenga otro privilegio que su libertad conservada, les hacía vivir en dos mundos que parecían enfren-tarse. No eran ya nieblas pasajeras, sino fallas, separaciones profundas, heridas que no se cerrarían por sí mismas. En sus encuentros reinaba una desconfianza que, unos meses atrás, habría sido imposible. Se hablaban con precaución; a cada instante parecía que se lanzaban desafíos.

Jérôme y Sylvie fueron severos, injustos. Hablaron de traición, de renuncia. Se complacieron en asistir a los terribles estragos que el dinero, según decían ellos, producía en los que le habían sacrificado todo, y de los cuales, pensaban, ellos todavía se libraban. Vieron a sus antiguos amigos establecerse, casi sin esfuerzo, casi con demasiada

facilidad, en una jerarquía rígida, y adherirse, sin reservas, al mundo en el que entraban. Les vieron rebajarse, insinuarse, dejarse ganar por el juego de su poder, de su influencia, de su responsabilidad. A través de ellos creyeron descubrir con exactitud la otra cara de su propio mundo: aquel que justificaba en bloque el dinero, el trabajo, la publicidad, las competencias, un mundo que valoraba la experiencia, un mundo que les negaba, el mundo serio de los escalafones, el mundo del poder; les faltaba poco para pensar que sus antiguos amigos estaban a punto de ser atrapados.

No despreciaban el dinero. Quizá, al contrario, les gustaba demasiado: habrían querido tener la firmeza, la certidumbre, el camino despejado hacia el futuro. Estaban atentos a todos los signos de la permanencia: querían ser ricos. Y si se negaban todavía a enriquecerse, era porque no necesitaban salarios: su imaginación, su cultura no les autorizaban más que a pensar en millones.

A menudo paseaban de noche, aspiraban el viento, se paraban a ver los escaparates. Pasaban de largo por el cercano distrito Trece, del que apenas si conocían la avenida de los Gobelins por sus cuatro cines, evitaban la siniestra calle Cuvier, que no les habría llevado sino a los alrededores, más siniestros todavía, de la estación de Austerlitz, y, casi invariablemente, tomaban por la calle

Monge, luego por la calle de las Ecoles, para llegar a Saint-Michel, a Saint-Germain, y, desde aquí, según los días o la estación del año, al Palais-Royal, a la Opéra o a la estación Montparnasse, Vavin, la calle de Assas, Saint-Sulpice, el Luxembourg. Caminaban lentamente. Se paraban ante todas las tiendas de antigüedades, pegaban sus caras a los escaparates apagados, y, a través de los cierres, distinguían los reflejos rojizos de un canapé de piel, el adorno floral de un plato o de una fuente de porcelana, el brillo de un vaso de cristal tallado o de un candelabro de cobre, la finura curva de una silla de rejilla.

Tiendas de antigüedades, librerías, comercios de discos, cartas de restaurantes, agencias de viajes, camiserías, sastrerías, mantequerías, zapaterías, confiterías, salchicherías de lujo, papelerías..., de parada en parada, sus itinerarios constituían su verdadero universo: allí estaban sus ambiciones, sus esperanzas. Allí estaba la verdadera vida, la vida que querían conocer, que querían llevar: para esos salmones, para esas alfombras, para esos cristales, una empleada y una peluquera los habían traído al mundo hacía veinticinco años.

Cuando, al día siguiente, la vida les atormentaba de nuevo, cuando se volvía a poner en marcha la gran máquina publicitaria de la que ellos eran los minúsculos peones, les parecía que aún no habían olvidado del todo las maravillas entrevistas, los secretos desvelados en su ferviente

búsqueda nocturna. Se sentaban frente a esa gente que cree en las marcas, en los slogans, en las imágenes que les son propuestas, y que comen cuadrados de manteca de vaca, encontrando delicioso su olor vegetal y a avellana (pero ellos mismos, sin saber bien por qué, con la sensación curiosa, casi inquietante, de que había algo que se les escapaba, ¿no encontraban bellos ciertos carteles, formidables ciertos slogans, geniales ciertas películas publicitarias?) Se sentaban, y ponían en marcha sus magnetofones, decían «hum, hum» con el tono adecuado, falseaban sus entrevistas, redactaban a la ligera sus análisis, soñaban, confusamente, con otra cosa.

¿Cómo hacer fortuna? Era un problema insoluble. Y, sin embargo, todos los días algunas personas aisladas lograban, por su cuenta, resolverlo perfectamente. Y estos ejemplos a seguir, eternos fiadores del vigor intelectual y moral de Francia, con sus rostros sonrientes y avisados, maliciosos, voluntariosos, llenos de salud, de decisión, de modestia, eran otras tantas imágenes venerables para la paciencia y el gobierno de los demás, los que viven estancados, hundidos, mordiéndose los labios, en el barro.

Conocían la vida y milagros de estos elegidos de la Fortuna, caballeros de industria, ingenieros íntegros, tiburones de las finanzas, literatos sin tacha, trotamundos, pioneros, mercaderes de sopa en bolsitas, promotores de barrios, crooners, playboys, buscadores de oro, amasadores de millones. Su historia era sencilla. Eran todavía jóvenes y habían conservado su belleza, con el pequeño resplandor de la experiencia en el fondo de los ojos, las sienes grises de los años negros, la sonrisa abierta y cálida que ocultaba los dientes largos, los dedos prontos a la presa, la voz lisonjera.

Se veían bien en sus papeles. Tendrían tres actos en el fondo de un cajón. Su jardín contendría petróleo, uranio. Vivirían mucho tiempo en la miseria, en la estrechez, en la incertidumbre. Soñarían con tomar, aunque sólo fuera una vez, el metro en primera. Y, de pronto, brutal, desmeleada, inesperada, estallando como un trueno, ¡la fortuna! Su obra sería aceptada, su yacimiento descubierto, su genio confirmado. Lloverían los contratos y encenderían sus habanos con billetes de mil.

Sería una mañana como otras. Por debajo de la puerta habrían metido tres sobres, largos y estrechos, con membretes grabados en relieve, con los datos precisos y claros, escritos con una máquina IBM de dirección. Sus manos temblarían un poco al abrirlos: contendrían tres cheques, con cifras astronómicas. O bien una carta:

«Muy Sr. mío:

«Habiendo muerto *ab intestato* su tío, el Sr. Po-devin...»

Y se pasarían la mano por la cara, dudando de lo que estaban viendo, creyendo que soñaban todavía: abrirían la ventana de par en par.

Así soñaban los felices imbeciles: herencias, premios gordos, ganancias en el juego. La banca de Montecarlo que saltaba; en un vagón de tren vacío, un maletín olvidado en una red lleno de fajos de billetes; en una docena de ostras, un collar de perlas. O bien, un par de sillones Boule en la casa de un campesino analfabeto del Poitou.

Se dejaban llevar por grandes impulsos. A veces, durante horas enteras, durante días, una necesidad frenética de ser ricos, inmediatamente, inmensamente, para siempre, se apoderaba de ellos, no les abandonaba ya. Era un deseo loco, enfermizo, opresivo, que parecía dirigir hasta el menor de sus gestos. La fortuna se convertía en su opio. Se embriagaban con ella. Se entregaban sin medida a los delirios de la imaginación. Fueran por donde fueran, sólo prestaban atención al dinero. Tenían pesadillas de millones, de joyas.

Frecuentaban las grandes subastas de Drouot, de Galliéra. Se mezclaban con los señores que, con un catálogo en la mano, examinaban los cuadros. Veían dispersarse pasteles de Degas, sellos raros, piezas de oro estúpidas, ediciones delicadas de La Fontaine o de Crébillon suntuosamente encuadernadas por Lederer, admirables muebles con la

marca de Claude S  n   o de C  hlenberg, tabaqueras de oro y de esmalte. El tasador los presentaba a los asistentes; algunas personas de aire grave acudían a examinarlas; un murmullo recorría la sala. Comenzaba la subasta. Los precios iban subiendo. Luego, el martillo caña, se acababa todo, el objeto desaparecía, cinco o diez millones pasaban al alcance de sus manos.

A veces seguían a los compradores; estos felices mortales las más de las veces no eran sino mandados, dependientes de casas de antigüedades, secretarios particulares, hombres de paja. Les llevaban hasta la puerta de mansiones austeras, en la calle Oswaldo-Cruz, en el bulevar Beaus  jour, en calle Masp  ro, en la calle Spontini, Villa Sa  id, en la avenida del Roule. Más allá de las rejas, de los setos de boj, de los paseos de grava, de las cortinas, a veces no echadas del todo, podían entrever grandes estancias apenas iluminadas, en las que distinguían los vagos contornos de divanes y sillones, las manchas imprecisas de una tela impresionista. Y desandaban su camino, pensativos, irritados.

Un día llegaron a pensar en robar. Se imaginaron vestidos de negro, con una minúscula linterna en la mano, unas pinzas, un diamante de vidriero en el bolsillo, penetrando, de noche, en un edificio, llegando a los sótanos, forzando la

cerradura sencilla de un montacargas, alcanzando las cocinas. Sería el apartamento de un diplomático en misión, de un financiero sin escrúpulos pero con gustos perfectos, de un gran dilettante, de un conocido aficionado. Conocerían hasta sus últimos rincones. Sabrían dónde encontrar la pequeña Virgen del siglo XII, el panel ovalado de Sebastiano del Piombo, la aguada de Fragonard, los dos pequeños Renoir, el pequeño Boudin, el Atlan, el Max Ernst, el De Staël, las monedas, las cajas de música, las bomboneras, las piezas de plata, las porcelanas de Delft. Sus movimientos serían precisos y decididos, como si los hubieran ensayado muchas veces. Irían de un lado para otro sin prisa, seguros de sí mismos, eficaces, imperturbables, flemáticos, Arsenios Lupin de los tiempos modernos. Ni un músculo de su cara se contraería. Irían rompiendo una a una las vitrinas; uno a uno, descolgarían de las paredes los cuadros y los desprenderían de sus marcos.

Abajo les estaría esperando su coche. La víspera habrían llenado el depósito. Sus pasaportes estarían en regla. Estarían preparados con mucha anticipación para marcharse. Sus equipajes les esperarían ya en Bruselas. Saldrían por la carretera de Bélgica, pasarían la frontera sin problemas. Luego, poco a poco, sin precipitación, en Luxemburgo, en Anvers, en Amsterdam, en Londres, en los Estados Unidos, en América del Sur, venderían su botín. Darían la vuelta al mundo.

Viajarían durante mucho tiempo, por donde les apeteciera. Al fin, se establecerían en un país de clima agradable. Se comprarían en algún sitio, a orillas de los lagos italianos, en Doubrovnik, en las Baleares, en Cefalú, una gran casa de piedra blanca, perdida en medio de un parque.

No hicieron nada, desde luego. Ni siquiera compraron un billete de la Lotería Nacional. Como máximo, pusieron en sus partidas de pocker —al que habían descubierto por entonces, y que estaba a punto de convertirse en el último refugio de sus amistades fatigadas— un encarnizamiento que, en ciertos instantes, podía parecer sospechoso. Algunas semanas jugaron hasta tres o cuatro partidas, que duraban hasta las primeras horas del día. Se jugaban cantidades pequeñas, tan pequeñas que sólo les anticipaba el sabor del riesgo y la ilusión de la ganancia. Y, sin embargo, cuando, con dos pobres parejas, o, mejor todavía, con un color, ponían sobre la mesa, de golpe, un buen montón de fichas que valían, por lo bajo, trescientos francos (antiguos) y ganaban la baza, cuando ganaban seiscientos francos, los perdían en tres jugadas, los volvían a ganar, y mucho más, en seis, una leve sonrisa de triunfo pasaba por su rostro: habían forzado la suerte; su flaco valor había dado sus frutos: poco les faltaba para sentirse heroicos.

Una encuesta agrícola les hizo recorrer toda Francia. Fueron a Lorraine, a Saintonge, a Picardie, a Beauce, a Limagne. Vieron notarios de aire tradicional, mayoristas cuyos camiones recorrían media Francia, industriales prósperos, gentlemen-farmers a los que escoltaba continuamente una jauría de perrazos rojos y factotums al acecho.

Los graneros rebosaban de trigo; en los grandes patios empedrados, los tractores resplandecientes estaban junto a los coches negros de los amos. Cruzaron el comedor de los obreros, la gigantesca cocina donde se afanaban unas cuantas mujeres, la sala común de parque amarillento, donde nadie caminaba sino sobre patines de fieltro, con su imponente chimenea, la televisión, los sillones de orejas, los arcones de encina clara, los cobres, los estallos, las porcelanas. Al final de un corredor estrecho, impregnado de olores, una puerta daba al despacho. Era una pieza que parecía pequeña de tan llena que estaba. Junto a un viejo teléfono de manivela, sujeto a la pared, un planning resumía la vida de la empresa, las sementeras, los proyectos, los presupuestos, los

vencimientos; una línea elocuente testimoniaba los rendimientos récords. Sobre una mesa abarrotada de facturas, de notas de pago, de memorias y de papeles, un registro encuadernado en tela negra, abierto por el día de la fecha, dejaba ver las largas columnas de una contabilidad floreciente. Diplomas enmarcados —toros, vacas lecheras, cerdos premiados— aparecían junto a fragmentos de catastros, cartas de estado mayor, fotos de rebaños y de corrales, prospectos en cuatricromía de tractores, de trilladoras, de arrancadoras, de sembradoras.

Allí era donde preparaban sus magnetofones. Indagaban gravemente sobre la importancia de la agricultura en la vida moderna, las contradicciones de la explotación rural francesa, la granja del futuro, el Mercado Común, las decisiones gubernamentales en las cuestiones del trigo y de la remolacha, la estabulación libre y la paridad de los precios. Pero su espíritu estaba en otra parte. Se veían ir y venir por la casa abandonada. Subían escaleras enceradas, penetraban en alcobas con los postigos ajustados que olían a cerrado. Bajo fundas de tela gris reposaban muebles venerables. Abrían armarios empotrados de tres metros de altura, llenos de sábanas perfumadas con lavanda, de tarros, de objetos de plata.

En la penumbra de los graneros descubrían

insospechados tesoros. En los sótanos interminables, les esperaban odres y barricas, tarros llenos de aceite y de miel, toneles de salazones, jamones ahumados con enebro, toneles de orujo.

Visitaban lavaderos sonoros, almacenes de madera, depósitos de carbón, fruterías donde, en cañizos superpuestos, se alineaban interminablemente manzanas y peras, establecimientos lecheros con olores agrios en los que se amontonaban pellas de mantequilla fresca nítidamente marcadas por una huella húmeda, bidones de leche, cuencos de nata fresca, de queso blanco, de requesón.

Pasaban por establos, cuadras, talleres, forjas, cobertizos, hornos donde cocían enormes hogazas, silos abarrotados de sacos, garajes.

Desde lo alto del arca de agua, veían toda la granja, abarcando entre sus cuatro cercas el gran patio empedrado, con sus dos portales en ojiva, el corral, la pocilga, la huerta, el vergel, la carretera bordeada de plátanos que salía a la Nacional, y, todo alrededor, hasta el infinito, las grandes estrías amarillas de los trigales, los arbolados, la espesura, los pastos, las cintas negras, rectilíneas, de las carreteras, por las que, a veces, se veía moverse, centelleante, un coche, y la línea sinuosa de álamos que bordeaban una orilla escarpada, casi invisible, que se perdía en el horizonte hacia las colinas brumosas.

Entonces, vertiginosamente, aparecían ante ellos otros espejismos. Mercados inmensos, interminables galerías comerciales, restaurantes increíbles. Todo lo que se come y todo lo que se bebe les era ofrecido. Cajas, cestas, cuévanos, canastas desbordantes de grandes manzanas amarillas y rojas, de peras oblongas, de uvas violetas. Muestrarios de mangos y de higos, de melones y de sandías, de limones, de granadas, de sacos de almendras, de nueces, de pistachos, de cajitas de uvas de Esmirna o de Corinto, de bananas secas, de frutos confitados, de dátiles secos, amarillos y translúcidos.

Había charcuterías, templos de mil columnas, con los techos llenos de jamones y de salchichas colgantes, antros sombríos donde se amontonaban montañas de picadillo de cerdo, morcillas enrolladas como sogas, barriles de col fermentada, de aceitunas violáceas, de anchoas saladas, de pepinos dulces.

O bien, a cada lado de la calle, una doble fila de cochinitos, de jabalíes colgados de las patas, de cuartos de buey, de liebres, de gordas ocas, de corzos de ojos vidriosos.

Pasaban por tiendas de ultramarinos con olores deliciosos, por pastelerías miríficas donde se alineaban las tartas por centenares, por cocinas resplandecientes con mil ollas de cobre.

Se sumergían en la abundancia. Veían alzarse ante ellos mercados colosales. Surgían paraísos de jamones, de quesos, de licores. Mesas preparadas se les ofrecían, con manteles deslumbrantes, con flores adornándolas profusamente, llenas de cristales y de vajillas preciosas. Había, a docenas, empanadas y pasteles de carne, salmones, lucios, truchas, bogavantes, encintadas piernas de cordero con mango de asta y plata, liebres y codornices, humeantes jabalíes, quesos como ruedas de molino y ejércitos de botellas.

Aparecían locomotoras arrastrando vagones cargados de lucidas vacas; camiones de ovejas balantes que se estacionaban; cajas de langostas apiladas en pirámides. Millones de panes salían de miles de hornos. Toneladas de café eran descargadas de los barcos.

Luego, más allá todavía —y ellos entornaban los ojos—, en medio de selvas y de praderas, a lo largo de ríos, a las puertas de los desiertos, o a pico sobre el mar, en vastas plazas pavimentadas con mármol, veían alzarse ciudades de cien pisos.

Pasaban junto a las fachadas de acero, de maderas raras, de vidrio, de mármol. En el vestíbulo central, a lo largo de un cristal tallado que reflejaba en toda la ciudad millones de arcoiris, brota-

ba del piso cincuenta una cascada a la que rodeaban las vertiginosas espirales de dos escaleras de aluminio.

Subían en ascensores. Seguían corredores que formaban meandros, ascendían por escalones de cristal, recorrían galerías llenas de luz donde se alineaban, hasta perderse de vista, estatuas y flores y corrían arroyos límpidos por lechos de guijarros multicolores.

Las puertas se abrían ante ellos. Descubrían piscinas aéreas, patios, salas de lectura, alcobas silenciosas, teatros, palomares, jardines, acuarios, minúsculos museos, concebidos para su uso exclusivo, donde se mostraban, en los cuatro rincones de una pequeña estancia de paneles cortados, cuatro retratos flamencos. Unas salas eran rocas, otras junglas; en otras rompía el mar; en otras, aún, se paseaban pavos reales. Del techo de una sala circular, colgaban miles de oriflamas. En interminables laberintos resonaban músicas suaves; una sala de formas extravagantes no tenía otras funciones, al parecer, que provocar inacabables ecos; el suelo de otra, según las horas del día, reproducía el esquema variable de un juego muy complicado.

En los sótanos inmensos, hasta donde alcanzaba la vista, trabajaban máquinas dóciles.

Iban de maravilla en maravilla, de sorpresa en sorpresa. Les bastaba vivir, estar allí, para que se les ofreciera el mundo entero. Sus barcos, sus trenes, sus cohetes recorrían todo el planeta. El mundo les pertenecía, con sus regiones cubiertas de trigo, sus mares abundantes en peces, sus cimas, sus desiertos, sus campos floridos, sus playas, sus islas, sus árboles, sus tesoros, sus fábricas inmensas, abandonadas mucho tiempo atrás, hundidas bajo tierra, donde se tejían para ellos las más bellas lanas, las sedas más brillantes.

Conocían dichas incontables. Se dejaban llevar por el galope enloquecido de caballos salvajes, a través de llanuras cubiertas de altas hierbas. Escalaban las más altas cumbres. Descendían con esquíes pendientes abruptas sembradas de abetos gigantes. Nadaban por lagos inmóviles. Caminaban bajo la lluvia intensa, respirando el olor de la hierba mojada. Se tumbaban al sol. Descubrían, desde una altura, valles cubiertos de flores silvestres. Cruzaban bosques infinitos. Hacían el amor en alcobas llenas de sombra, con gruesas alfombras, con divanes profundos.

Luego soñaban con porcelanas preciosas decoradas con aves exóticas, con libros encuadernados en piel, impresos en elzevir sobre papel de Japón, con grandes márgenes blancos sin guillotinar en los que la mirada se posaba con delicia,

con mesas de caoba, con trajes de seda o de lino, suaves y cómodos, llenos de colores, con habitaciones espaciosas y claras, con brazadas de flores, con alfombras de Bujara, con dobermans saltarines.

Sus cuerpos, sus movimientos, eran infinitamente bellos, sus miradas serenas, sus corazones transparentes, sus sonrisas límpidas.

Y, en una breve apoteosis, se veían hacer construir para ellos palacios gigantescos. En explanadas niveladas, se encendían miles de fuegos artificiales, millones de hombres cantaban el *Mesías*. En colosales terrazas, diez mil cobres interpretaban el *Réquiem* de Verdi. En las laderas de las montañas se grababan poemas. Surgían jardines en los desiertos. Ciudades enteras no eran sino frescos.

Pero estas imágenes deslumbradoras, todas estas imágenes que acudían en tropel, que se precipitaban ante ellos, que fluían de un modo nervioso, inagotable, estas imágenes de vértigo, de velocidad, de luz, de triunfo, les parecía, en primer lugar, que se encadenaban con una necesidad sorprendente, según una armonía sin límites,

como si, ante sus ojos maravillados, se hubieran alzado de pronto un paisaje acabado, una totalidad espectacular y triunfal, una imagen completa del mundo, una organización coherente que al fin podían comprender, descifrar. Les parecía también que sus sensaciones se multiplicaban por diez, se amplificaban hasta el infinito sus facultades de ver y oír, que una dicha maravillosa acompañaba al menor de sus movimientos, ritmaba sus pasos, impregnaba su vida: el mundo iba a ellos, ellos iban delante del mundo, no acababan de descubrirlo. Su vida era amor y embriaguez. Sus pasiones no conocían límites; su libertad no encontraba trabas.

Pero se ahogaban bajo el amontonamiento de los detalles. Las imágenes se difuminaban, se enturbiaban; no podían retener sino algunas briznas de ellas, desvaídas y confusas, frágiles, obsesiones y estúpidas, empobrecidas. No eran ya una continuidad total, sino cuadros aislados; no una unidad serena, sino una fragmentación crispada, como si esas imágenes no hubieran sido nunca sino reflejos muy lejanos, enormemente oscurecidos, centelleos alusivos, ilusorios, que se desvanecían apenas nacían, polvos: la irrisoria proyección de sus deseos más torpes, un impalpable polvo que cubría flacos esplendores, jirones de sueños que jamás podrían asir.

Creían imaginar la felicidad; creían que su imaginación era libre, magnífica, que, por oleadas sucesivas, ella impregnaba el universo. Creían

que les bastaba andar para que sus pasos fueran una felicidad. Pero se encontraban solos, inmóviles, un poco vacíos. Una llanura gris y helada, una estepa árida: no se alzaba ningún palacio a las puertas de los desiertos, ninguna explanada les servía de horizonte.

Y de esta especie de búsqueda desenfrenada de la felicidad, de esta sensación maravillosa de haber sabido casi, por un instante, entreverla, adivinarla, de este viaje extraordinario, de esta inmensa conquista inmóvil, de estos horizontes descubiertos, de estos placeres presentidos, de todo lo que había, acaso, de posible bajo este sueño imperfecto, de este impulso, aunque torpe y frenado, y sin embargo ya cargado, acaso, hasta el límite de lo indecible de emociones nuevas, de exigencias nuevas, no quedaba nada: abrían los ojos, volvían a oír el sonido de su voz, el refunfuñar confuso de su interlocutor, el murmullo ronroneante del motor del magnetofón; veían, frente a ellos, junto a un armero en que se alineaban los cayados pulidos y los cañones brillantes de grasa de cinco escopetas de caza, el puzzle abigarrado del catastro, en cuyo centro reconocían, casi sin sorpresa, el cuadrilátero casi cerrado de la granja, la cinta gris de la carretera estrecha, los puntitos al tresbolillo de los plátanos, los trazos más marcados de las carreteras nacionales.

Y, más tarde aún, estaban ellos mismos en esa estrecha carretera gris bordeada de plátanos. Eran ellos ese punto centelleante por la larga carretera negra. Un islote de pobreza en medio del gran mar de abundancia. Miraban en torno suyo los campos amarillentos, con las pequeñas manchas rojas de las amapolas. Se sentían aplastados.

SEGUNDA PARTE

Intentaron huir.

No se puede vivir mucho tiempo en el frenesí. La tensión era demasiado fuerte en aquel mundo que prometía tanto y que no daba nada. Su impaciencia había llegado al máximo. Un día comprendieron que necesitaban un refugio.

Su vida en París no avanzaba. Ellos tampoco avanzaban ya. Y a veces se veían a sí mismos —compitiendo los dos en enriquecer su imagen con ese falso lujo de detalles que caracterizaba todos sus sueños— como pequeños burgueses de cuarenta años, él, director de una red de ventas a domicilio (la Protección Familiar, el Jabón para los Ciegos, los Estudiantes Necesitados), y ella, una buena ama de casa, y su apartamento limpio, su cochecito, su pequeña pensión familiar en la que pasarían todas sus vacaciones, su aparato de televisión. O bien, al contrario, y esto era todavía peor, como viejos bohemios, cuello enrollado y pantalones de pana, todas las noches en la misma

terrazza de Saint-Germain o de Montparnasse, malviviendo de ocasiones raras, mezquinos hasta la punta de sus uñas negras.

Soñaban con vivir en el campo, al abrigo de toda tentación. Su vida sería frugal y limpia. Tendrían una casa de piedra blanca, a la entrada de un pueblo, cálidos pantalones de pana fina, gruesos zapatos, un anorak, un bastón con la punta herrada, un sombrero, y diariamente se darían largos paseos por los bosques. Luego regresarían, se prepararían té con tostadas, como los ingleses, pondrían gruesos troncos en la chimenea; pondrían en el tocadiscos un cuarteto que no dejarían jamás de oír, leerían grandes novelas que nunca habían tenido tiempo de leer y recibirían a sus amigos.

Estas evasiones campestres eran frecuentes, pero raramente llegaban a la fase de verdaderos proyectos. Es cierto que en dos o tres ocasiones se preguntaron sobre los oficios que el campo podría ofrecerles, pero no los encontraron. Un día les pasó por la cabeza la idea de hacerse maestros, pero inmediatamente les disgustó, pensando en las clases abarrotadas, en las jornadas agotadoras. Hablaron vagamente de hacerse libreros-ambulantes, o de ir a fabricar alfarería rústica en una casa de campo abandonada de Provenza. Luego les agradó la idea de no vivir en París más que tres días por semana, ganando lo suficiente con facilidad el resto del tiempo en Yonne o en Loiret. Pero estos embriones de partida no iban nunca

muy lejos. No consideraban jamás las posibilidades o, mejor, las imposibilidades reales.

Soñaban con abandonar su trabajo, dejarlo todo, partir a la aventura. Soñaban con volver a empezar de cero, con comenzarlo todo otra vez sobre bases nuevas. Soñaban con rupturas y despedidas.

Sin embargo, la idea, abriéndose camino, se iba fijando lentamente en ellos. A mediados de septiembre de 1962, a la vuelta de unas vacaciones mediocres estropeadas por la lluvia y la falta de dinero, su decisión parecía tomada. Un anuncio aparecido en *Le Monde*, a primeros de octubre, ofrecía puestos de profesores en Túnez. Vacilaron. No era la ocasión ideal: ellos habían pensado en la India, en los Estados Unidos, en Méjico. Aquello no era más que una oferta mediocre, rastrera, que no prometía ni la fortuna ni la aventura. No se sentían tentados. Pero tenían algunos amigos en Túnez, antiguos compañeros de escuela, de facultad, y, además, estaba el calor, el Mediterráneo tan azul, la promesa de otra vida, marcharse de verdad, otro trabajo: convinieron inscribirse. Les aceptaron.

Las verdaderas partidas se preparan con mucho tiempo de anticipación. Esta falló. Parecía una huida. Durante quince días corrieron de oficina en oficina para los reconocimientos médicos,

para los pasaportes, para los visados, para los billetes, para los equipajes. Luego, cuatro días antes de partir, supieron que Sylvie, que tenía dos certificados de licenciaturas, era destinada al Colegio Técnico de Sfax, a doscientos setenta kilómetros de Túnez, y Jérôme, que no tenía más que los primeros cursos, maestro en Manares, treinta y cinco kilómetros más allá.

Era una mala noticia. Quisieron renunciar. Era a Túnez, la capital, donde les esperaban, donde les habían buscado una casa para ellos, a donde creían que iban a ir. Pero ya era demasiado tarde. Habían subarrendado su apartamento, habían pagado sus billetes, habían dado las veladas de despedida. Lo tenían todo preparado para partir desde hacía tiempo. Y, además, Sfax, de la que apenas conocían ni el nombre, era el fin del mundo, el desierto, y no les desagradaba en absoluto pensar, con ese gusto tan fuerte por las situaciones extremas, que allí iban a estar separados de todo, alejados de todo, aislados como lo habían estado. Conviniere, sin embargo, que un puesto de maestro era, si no un fracaso demasiado grande, sí al menos una carga demasiado pesada: Jérôme logró rescindir su contrato. Un solo sueldo les permitiría vivir hasta que él encontrara, sobre el terreno, cualquier otro trabajo.

Partieron, pues. Les acompañaron hasta la estación, y el 23 de octubre por la mañana, con cuatro baúles de libros y una cama plegable, embarcaban en Marsella a bordo del *Commandant-Crubellier*, rumbo a Túnez. El mar estaba picado y la comida no fue buena. Se sintieron mal, se tomaron unas pastillas y durmieron profundamente. Al día siguiente, Túnez estaba a la vista. Era bonito. Se sonrieron. Vieron una isla que les dijeron se llamaba Isla Plana, más allá grandes playas largas y estrechas, y después de La Goulette, a orillas del lago, volaban aves migratorias.

Se sentían contentos de haber partido. Les parecía que salían de un infierno de metros abarrotados, de noches demasiado cortas, de dolores de muelas, de incertidumbres. No veían claro en él. Su vida no había sido más que una especie de danza incesante sobre una cuerda floja, que no llevaba a nada; un hambre vacía, un deseo desnudo, sin límites y sin apoyos. Se sentían agotados. Se habían marchado para enterrarse, para olvidar, para calmarse.

El sol brillaba. El barco avanzaba lenta, silenciosamente, por el estrecho canal. En la carretera, muy próxima, la gente, de pie en coches descubiertos, les saludaba con grandes aspavientos. En el cielo había unas nubéculas blancas, inmóviles. Hacía ya calor. Las planchas de la borda estaban

tibias. En el puente, debajo de ellos, los marineros apilaban las hamacas, enrollaban las grandes lonas alquitranadas que protegían las calas. Se formaban colas en las pasarelas de desembarque.

Llegaron a Sfax dos días después, hacia las dos de la tarde, tras un viaje de siete horas en ferrocarril. El calor era agobiante. Frente a la estación, minúsculo edificio blanco y rosa, pasaba una avenida interminable, polvorienta, con horribles palmeras, bordeada de edificios nuevos. Pocos minutos después de la llegada del tren, al desaparecer los escasos coches y las bicicletas, la ciudad volvió a sumirse en un silencio total.

Dejaron sus equipajes en consigna. Tomaron por la avenida, que se llamaba Avenida Burguiba; llegaron, al cabo de unos trescientos metros aproximadamente, a un restaurante. Un gran ventilador mural, orientable, zumbaba irregularmente. Sobre las mesas pringosas, cubiertas de hule, se apiñaban varias decenas de moscas que un camarero mal afeitado arrojó de un golpe despreocupado de servilleta. Comieron, por doscientos francos, una ensalada de atún y un escalope a la milanesa.

Luego buscaron un hotel, apalabrarón una habitación, e hicieron que les llevaran el equipaje. Se lavaron las manos y la cara, se echaron un instante a descansar, se cambiaron y volvieron

a bajar. Sylvie fue a la Escuela Técnica; Jérôme la esperó fuera, en un banco. Hacia las cuatro, Sfax comenzó lentamente a despertarse. Aparecieron centenares de niños, y luego mujeres con velo, agentes de policía con uniforme de popelín gris, mendigos, carros, asnos, burgueses inmaculados.

Salió Sylvie con su horario en la mano. Volvieron a pasearse; se bebieron una caña de cerveza y tomaron aceitunas y almendras saladas. Los vendedores de periódicos ofrecían *Le Figaro* de dos días antes. Habían llegado.

Al día siguiente, Sylvie conoció a algunos de sus futuros compañeros. Ellos les ayudaron a encontrar un apartamento. Tenía tres gigantescas habitaciones, de techo alto, completamente vacías; un largo corredor llevaba a una pequeña habitación cuadrada, en la que había cinco puertas que daban a las tres alcobas, al cuarto de baño y a una cocina inmensa. Los dos balcones daban a un pequeño puerto pesquero, la dársena A del canal del Sur, que recordaba un poco a Saint-Tropez, y a una laguna de olores fétidos. Dieron sus primeros pasos por la ciudad árabe, compraron un somier metálico, un colchón de crin, dos sillones de mimbre, cuatro taburetes de cuerda, dos mesas, una gruesa estera de esparto amarillo decorada con extraños motivos rojos.

Luego, Sylvie comenzó sus clases. Día a día se fueron instalando. Les llegaron los baúles, que habían mandado por pequeña velocidad. Desembalaron los libros, los discos, el tocadiscos, los adornos. Con grandes pliegos de papel secante rojo, gris y verde, se hicieron pantallas. Compraron unas largas tablas apenas refinadas y ladrillos de doce agujeros, y con todo ello cubrieron hasta la mitad dos paredes con estanterías.

En todas las paredes pegaron decenas de reproducciones, y, en un panel muy a la vista, las fotografías de todos sus amigos.

Era una vivienda triste y fría. Las paredes, demasiado altas, pintadas con una especie de cal ocre amarillenta que se saltaba en grandes placas; los suelos uniformes con grandes baldosas cuadradas sin color; el espacio, inútil; todo era demasiado grande, demasiado desnudo para que pudieran habitarlo. Habría hecho falta que fueran cinco o seis, unos cuantos buenos amigos dispuestos a beber, a comer, a hablar. Pero estaban solos, como perdidos. La sala de estar, con la cama plegable cubierta por un pequeño colchón y un cobertor de colores variados, con la gruesa estera en la que había esparcidos varios cojines, y, sobre todo, los libros —la fila de la colección *Pléiade*, las series de revistas, los cuatro Tisné—, los adornos, los discos, el gran portulano, *La Fête du Carrousel*, todo lo que, aún no hacía mucho, había constituido la decoración de su otra vida, todo lo que, en aquel mundo de arena y de pie-

dra, les evocaba la calle de Quatrefages, el árbol verdecido desde hacía tanto tiempo, los pequeños jardines..., tenía todavía un cierto ambiente acogedor: de bruces sobre la estera, con una minúscula taza de café a la turca al lado de ambos, escuchaban la *Sonata a Kreutzer*, el *Archiduque*, *La Muerte y la Doncella*, y era como si la música, allí, en aquella grande estancia poco amueblada, casi un salón, adquiriera una resonancia sorprendente, la habitara y la transformara de pronto: era un invitado, un amigo muy querido, al que hacía tiempo no se veía, encontrado de nuevo por azar, que compartía su comida, que les hablaba de París, que, en aquella velada fresca de noviembre, en aquella ciudad extraña en la que nada les pertenecía, en la que no se sentían a gusto, les hacía volver hacia atrás, les permitía encontrar de nuevo la sensación casi olvidada de complicidad, de vida común, como si, en un estrecho perímetro —la superficie de la estera, las dos series de estantes, el tocadiscos, el círculo de luz creado por la pantalla cilíndrica— lograra imponerse y sobrevivir una zona protegida a la que ni el tiempo ni la distancia podían afectar. Pero todo lo demás era el exilio, lo desconocido: el largo corredor donde los pasos resonaban demasiado fuerte, la alcoba, inmensa y glacial, hostil, con la cama ancha y demasiado dura que olía a paja por todo mueble, con su lámpara coja puesta sobre una vieja caja que hacía las veces de mesilla, su baúl de mimbre

lleno de ropa, su taburete en el que se amontonaban las prendas; la tercera habitación, inutilizada, a la que no entraban jamás. Luego, la escalera de piedra, la gran entrada perpetuamente amenazada por la arena; la calle, en la que había tres edificios de dos plantas, un almacén en el que se secaban esponjas, un solar; la ciudad que les rodeaba.

Sin duda, en Sfax vivieron los ocho meses más curiosos de su existencia.

Sfax, cuyo puerto y ciudad europea habían sido destruidos durante la guerra, se componía de unas treinta calles que se cortaban en ángulo recto. Las dos principales eran la Avenida Burguiba, que iba desde la estación hasta el Mercado Central, junto al cual vivían ellos, y la Avenida Hedi-Chaker, que iba desde el puerto hasta la ciudad árabe. El cruce de ambas constituía el centro de la ciudad: allí estaban el ayuntamiento, en cuyo piso bajo había dos salas con alfarería antigua y media docena de mosaicos, la estatua y la tumba de Hedi-Chaker, asesinado por la Mano Roja poco antes de la Independencia, el *Café de Túnez*, frecuentado por los árabes, y el *Café de la Regencia*, frecuentado por los europeos, un pequeño parterre de flores, un quiosco de periódicos y un estanco.

En menos de un cuarto de hora se recorría

toda la ciudad europea. Desde su casa, la Escuela Técnica estaba a tres minutos, el mercado a dos, el restaurante donde comían a cinco, el *Café de la Regencia* a seis, y lo mismo el banco, la biblioteca municipal, y seis de los siete cines de la ciudad. La Central de Correos, la estación, el sitio donde se alquilaban los coches para Túnez o Gabes estaban a menos de diez minutos y constituían los límites extremos de lo que era necesario conocer para vivir en Sfax.

La ciudad árabe, fortificada, antigua y bella, tenía murallas dobles y puertas que con razón se consideraban admirables. Entraban en ella a menudo, y era la meta exclusiva de todos sus paseos, pero como no eran, precisamente, sino paseantes, jamás fueron otra cosa que extranjeros. No comprendían sus mecanismos más sencillos, sólo veían en ella un dédalo de calles; alzaban la vista y admiraban un balcón de hierro forjado, una viga pintada, la ojiva pura de una ventana, un juego sutil de sombras y de luces, una escalera de extremada estrechez, pero sus paseos no tenían ningún propósito; hacían siempre parecidos recorridos circulares, temían perderse a cada instante, se cansaban en seguida. Al final, nada les atraía en aquella sucesión de puestos callejeros miserables, de tiendas casi idénticas, de zocos confinados, en aquella incomprensible alternancia de calles llenas de gente y de calles vacías, en aquella multitud que les parecía que no iba a ninguna parte.

Esta sensación de que eran extraños se acentuaba, se hacía casi opresiva cuando, con las largas tardes vacías, con los desesperantes domingos ante ellos, cruzaban la ciudad árabe de punta a punta y, pasando Bab Djebli, llegaban a los interminables arrabales de Sfax. Durante kilómetros y kilómetros se extendían jardines minúsculos, setos de chumberas, casuchas de barro y paja, chabolas de lata y de cartón; luego venían inmensas lagunas desiertas y pútridas, y, en torno, hasta el infinito, los primeros olivares. Vagaban horas enteras, pasaban ante cuarteles, cruzaban terrenos baldíos, zonas pantanosas.

Y cuando entraban de nuevo en la ciudad europea, cuando pasaban ante el cine Hillal o el Nour, cuando se sentaban a una mesa de *La Regencia*, daban unas palmadas para llamar al camarero, pedían una coca-cola o una caña de cerveza, compraban el último *Le Monde*, silbaban al vendedor ambulante eternamente vestido con un largo blusón blanco y sucio, y tocado con un gorro de paño, para comprarle unos cucuruchos de cacahuètes, de almendras tostadas, de pistachos y de piñones, les embargaba entonces la sensación melancólica de estar en su tierra.

Caminaban entre las palmeras grises de polvo; bordeaban las fachadas neomoriscas de los edificios de la Avenida Burguiba; lanzaban una vaga mirada a los escaparates horribles: muebles frágiles, candelabros de hierro forjado, mantas con calentador, cuadernos escolares, trajes de etique-

ta, zapatos de mujer, botellas de gas butano; era Oti único mundo, su verdadero mundo. Regresaban arrastrando los pies; Jérôme hacía café en cafeteras importadas de Checoslovaquia; Sylvie corregía un montón de ejercicios.

Jérôme, al principio, intentó encontrar trabajo; fue varias veces a Túnez y, gracias a algunas cartas de presentación que le habían dado en Francia, y al apoyo de sus amigos tunecinos, visitó a varios funcionarios de Información, de la Radio, del Turismo, de Educación Nacional. Perdió el tiempo: los estudios de motivación no existían en Túnez, ni la media jornada, y los pocos enchufes estaban ya bien cogidos; él no tenía títulos, no era ni ingeniero, ni contable, ni diseñador, ni médico. Le ofrecieron de nuevo ser maestro o celador, pero no lo soportaba: pronto abandonó toda esperanza. El sueldo de Sylvie les permitiría vivir con estrecheces: en Sfax era la forma de vivir más corriente.

Sylvie, de acuerdo con el programa, se esforzaba por hacer comprender las bellezas ocultas de Malherbe y de Racine a alumnos mayores que ella y que no sabían escribir. Jérôme perdía el tiempo. Empezó diversos proyectos —preparar un examen de sociología, intentar poner en orden sus ideas sobre el cine— que no fue capaz de llevar a cabo. Vagaba por las calles, con sus

zapatos Weston, recorría el puerto, llegaba al mercado. Iba al museo, combiaba unas palabras con el vigilante de la sala, contemplaba unos instantes un ánfora antigua, una inscripción funeraria, un mosaico: Daniel en la fosa de los leones, Anfitrite cabalgando sobre un delfín. Iba a ver un partido de tenis en los campos situados al pie de las murallas, cruzaba la ciudad árabe, vagaba por los zocos, sopesaba las telas, los cobres, las sillas de montar. Compraba todos los periódicos, hacía los crucigramas, sacaba libros en préstamo de la biblioteca, escribía a sus amigos cartas un poco tristes que a menudo quedaban sin respuesta.

El horario de Sylvie marcaba el ritmo de su vida. Su semana se componía de días fastos (el lunes, porque tenía la mañana libre y porque los programas de los cines cambiaban; el miércoles, porque estaba libre por la tarde; el viernes porque tenía toda la jornada libre y porque cambiaban de nuevo los programas) y de días nefastos: todos los demás. El domingo era un día neutro, agradable por la mañana (se quedaban en la cama, llegaban las revistas de París), largo por la tarde y siniestro por la noche, a no ser que, por casualidad, les atrajera una película, pero era raro que en la misma mitad de semana pusieran dos películas interesantes o simplemente que se pudieran ver. Así pasaban las semanas. Se

sucedían con una regularidad mecánica: cuatro semanas constituían un mes aproximadamente; los meses se parecían todos entre sí. Los días, tras haber sido cada vez más cortos, empezaron a ser cada vez más largos. El invierno era húmedo, casi frío. Su vida transcurría.

Su soledad era total.

Sfax era una ciudad opaca. Ciertos días les parecía que nadie sería capaz nunca de penetrar en ella. Sus puertas no se abrirían jamás. Había gente por las calles, densas multitudes por la noche que iban y venían, en fluir casi continuo bajo las arcadas de la Avenida Hedi-Chaker, ante el *Hotel Mabrouk*, ante el Centro de Propaganda del Destour, ante el Cine Hillal, ante la pastelería *Las Delicias*; los lugares públicos estaban casi abarrotados: cafés, restaurantes, cines; algunas caras podían parecer, en ciertos instantes, casi familiares. Pero alrededor, a lo largo del puerto, a lo largo de las murallas, apenas se alejaban, estaba el vacío, la muerte: la inmensa explanada arenosa ante la horrible catedral, rodeada de palmeras enanas: el bulevar de Picville, bordeado de solares, de casas de dos pisos; la calle Mangolte, la calle Fezzani, la calle Abd-el-Kader Zghal, desnudas y desiertas, negras y rectilíneas, barri-

das por la arena. El viento sacudía las palmeras raquílicas: troncos abultados por escamas leñosas, de los que apenas salían algunas palmeras formando abanicos. Multitudes de gatos se metían en los cubos de las basuras. Un perro de pelaje amarillento pasaba a veces, pegado a los muros, con el rabo entre las piernas.

No se veía un alma: detrás de las puertas siempre cerradas no había otra cosa que corredores desnudos, escaleras de piedra, patios ciegos. Sucesiones de calles que se cortaban en ángulo recto, cierres metálicos, empalizadas, un mundo de falsas plazas, de falsas calles, de avenidas fantasma. Caminaban, silenciosos, desorientados, y a veces tenían la impresión de que todo no era sino ilusión, de que Sfax no existía, de que no respiraba. Buscaban en torno suyo signos de connivencia. Nada les respondía. Era una sensación casi dolorosa de aislamiento. Estaban desposeídos de aquel mundo, no participaban en él, no le pertenecían ni le pertenecerían jamás. Como si un orden muy viejo hubiera sido establecido, de una vez para siempre, una regla que les excluía: les dejarían ir a donde quisieran, no les molestarían, no les dirigirían la palabra. Seguirían siendo desconocidos, extranjeros. Los italianos, los malteses, los griegos del puerto, les verían pasar en silencio; los grandes olivareros, todos vestidos de blanco, con sus gafas de montura de oro, caminando a pasos lentos por la calle del Bey, seguidos de su empleado, pasarían a su lado sin mirarles.

Con los compañeros de Sylvie no tenían sino relaciones superficiales y a menudo distantes. Los profesores franceses titulares parecía que no apreciaban mucho a los contratados. E incluso a los que esta diferencia no les importaba, difícilmente perdonaron a Sylvie que no fuera con ellos: la habrían querido mujer de profesor y profesora ella misma, buena burguesita de provincia, con dignidad, buenas maneras, cultura. Allí se representaba a Francia. Y aunque, en cierto modo, hubiera todavía dos Francias —la de los profesores recién llegados, deseosos de comprarse lo antes posible una casita en Angoulême, Béziers o Tarbes; y la de los insumisos o refractarios, que no cobraban el plus colonial pero podían permitirse despreciar a los otros (aunque era una especie en vías de extinción: la mayoría eran indultados; otros se iban para establecerse en Argelia, en Guinea)—, ninguna de las dos parecía dispuesta a admitir que, en el cine, se pudieran sentar en la primera fila, junto a la gente indígena, o andar como un haragán, en chanclas, sin afeitar, despechugado, por la calle. Se prestaron mutuamente algunos libros, discos, hubo unas cuantas discusiones en *La Regencia*, y nada más. Ninguna invitación cordial, ninguna viva amistad: esto era algo que en Sfax no crecía. La gente se recogía en sí misma, en sus casas demasiado grandes para ellos.

Con los otros, con los empleados franceses de la Compagnie Sfax-Gafsa o de los Petróleos, con

los musulmanes, con los judíos, con los pieds-noirs, era todavía peor: los contactos eran imposibles. A veces les ocurría que durante toda una semana no hablaban con nadie.

Pronto pudo parecer que en ellos se detenía toda vida. Pasaba el tiempo, inmóvil. Nada les ligaba ya al mundo, a no ser los periódicos, siempre demasiado atrasados, de los que no estaban ni siquiera seguros de que no fueran más que piadosas mentiras, los recuerdos de una vida anterior, los reflejos de otro mundo. Siempre habían vivido en Sfax y siempre seguirían viviendo allí. Ya no tenían proyectos, ni impaciencia; no esperaban nada, ni siquiera unas vacaciones, siempre demasiado lejanas, ni siquiera la vuelta a Francia.

No sentían ni alegría ni tristeza, ni siquiera hastío, pero a veces se preguntaban si existían todavía, si existían realmente; esta falaz pregunta no les producía ninguna satisfacción especial, pero en ocasiones les parecía, de un modo confuso y oscuro, que esta vida era conforme, adecuada, y, paradójicamente, necesaria: estaban en pleno vacío, se encontraban establecidos en un no man's land de calles rectilíneas, de arena amarillenta, de lagunas, de palmeras grises, en un mun-

do que no comprendían, que no intentaban comprender, pues jamás, en su vida pasada, se habían preparado para tener un día que adaptarse, transformarse, para modelarse de acuerdo con un paisaje, un clima, una forma de vida; ni por un instante Sylvie se pareció a la profesora que era, y Jérôme, vagando por las calles, podía dar la impresión de que se había traído su patria o, más bien, su barrio, su ghetto, su región, pegada a la suela de sus zapatos ingleses; pero la calle Larbi-Zarouk, donde habían establecido su domicilio, no tenía ni siquiera la mezquita que constituía el orgullo de la calle de Quatrefages, y, por lo demás, en Sfax no había, por mucho que se esforzaran a veces por imaginarlos, ni Mac-Mahon, ni *Harry's Bar*, ni *Balzar*, ni Contrescarpe, ni Salle Pleyel, ni *Berges de la Seine une nuit de juin*, pero en aquel vacío, a causa de aquel vacío precisamente, a causa de aquella ausencia de cualquier cosa, aquella vacuidad fundamental, aquella zona neutra, aquella tabla rasa, les parecía que se purificaban, que volvían a encontrar una sencillez mayor, una verdadera modestia. Y, desde luego, en la pobreza general de Túnez, su propia miseria, su pequeña incomodidad de personas civilizadas acostumbradas a las duchas, a los coches, a las bebidas frías, no tenía ya mucho sentido.

Sylvie daba sus clases, preguntaba a sus alumnos, corregía sus ejercicios. Jérôme iba a la Biblioteca Municipal, leía libros al azar: Borges, Troyat, Zeraffa. Comían en un pequeño restaurante, todos los días en la misma mesa, el mismo menú casi todos los días: ensalada con atún, escalope rebozado, o lucio, o lenguado rebozado, fruta. Iban a *La Regencia* para tomarse un exprés y un vaso de agua fría. Leían montones de periódicos, veían películas, vagaban por las calles.

Su vida era como una costumbre muy larga, como un hastío casi tranquilo: una vida sin nada extraordinario.

A partir de abril realizaron algunos breves viajes. A veces, cuando tenían tres o cuatro días libres y no estaban muy escasos de dinero, alquilaban un coche e iban hacia el Sur. O bien, el sábado, a las seis de la mañana, un taxi colectivo les llevaba a Susa o a Túnez hasta el lunes a mediodía.

Intentaban escapar de Sfax, de sus calles tristes, de su vacío, y encontrar, en los panoramas, en los horizontes, en las ruinas, algo que les deslumbrara, que les conmoviera, esplendores ardientes que les vengaran. Los restos de un palacio, de un templo, de un teatro, un oasis verde descubierto en lo alto de un picacho, una larga playa de arena fina que se extendía en semicírculo de un extremo al otro del horizonte, les recompensaba a veces de su búsqueda. Pero lo más frecuente era que abandonaran Sfax para encontrar, a varias decenas o centenares de kilómetros, las mismas calles tristes, los mismos zocos bulliciosos e incomprensibles, las mismas lagunas, la mismas palmeras horribles, la misma aridez.

Visitaron Gabes, Tozeur, Nefta, Gafsa y Met-laoui, las ruinas de Sbeitla, de Kasserine, de Thélepte; cruzaron ciudades muertas cuyos nombres les habían parecido en tiempos encantadores: Maharés, Moularés, Matmata, Médenine; llegaron hasta la frontera libia.

Durante kilómetros y kilómetros, era una tierra pedregosa y gris, inhabitable. Nada crecía en ella, salvo ralas matas de hierbas casi amarillas, de tallos acerados. Viajaban durante horas, entre una nube de polvo, por una carretera que sólo distinguían gracias a viejos surcos o a huellas medio borradas de neumáticos, sin otro horizonte que las suaves colinas grisáceas, sin encontrar a veces, un esqueleto de asno, un viejo bidón roñoso, un amontonamiento de piedras medio derrumbado que quizá fuera en tiempos una casa.

O bien, por una carretera jalonada, pero llena de baches y en algunos instantes casi peligrosa, atravesaban lagos salados inmensos; a ambos lados, hasta donde alcanzaba la vista, había una costra blancuzca que brillaba bajo el sol, lanzando en el horizonte centelleos fugaces que, en ciertos momentos, parecían espejismos, olas rompiendo murallas almenadas. Detenían su coche y daban unos pasos. Bajo la capa de sal, una capa de arcilla seca y agrietada, de un color pardo claro, aparecía a veces, para dejar paso luego a zonas

más oscuras de barro compacto, elástico, donde los pies casi se hundían.

Camellos famélicos se enredaban en sus ataduras, arrancando a cabezazos las hojas de un árbol extrañamente retorcido, volviendo hacia la carretera su hocico estúpido; perros sarnosos, medio salvajes corrían libremente; murallas derrumbadas de piedras secas; cabras de largos pelos negros; tiendas bajas hechas de mantas con piezas cosidas, anunciaban los pueblos y las ciudades: una larga serie de casas cuadradas, de una planta, fachadas de un blanco sucio, la torre rectangular de un minarete, la cúpula de un morabito. Dejaban atrás a un campesino que trotaba al lado de su burro; se detenían ante el único hotel.

En cucullas junto a un muro, tres hombres comían pan mojándolo en un poco de aceite. Unos niños corrían. Una mujer, toda envuelta en un velo negro o violeta que le cubría hasta los ojos, se deslizaba a veces de una casa a otra. Las terrazas de los dos cafés se adentraban ampliamente en la calle. Un altavoz difundía música árabe: modulaciones estridentes, cien veces repetidas, cantadas luego, a coro, letanías de una flauta de áspero sonido, ruidos de carraca de los tambores y de las cítaras. Unos hombres sentados a la sombra bebían unos vasos de té, jugaban al dominó.

Bordeaban enormes cisternas y, por un camino incómodo, llegaban hasta las ruinas: cuatro co-

lumnas de siete metros de altura, que no sostenían ya nada, casas derrumbadas de las que sólo quedaba intacto el plano, con la huella embaldosada de cada habitación hundida en el suelo, escalones discontinuos, sótanos, calles enlosadas, restos del alcantarillado. Y hombres que se hacían pasar por guías les ofrecían pececitos de plata, piezas patinadas, estatuillas de barro cocido.

Luego, antes de iniciar el regreso, entraban en los mercados, en los zocos. Se perdían en el dédalo de las galerías, de los callejones y de los pasadizos. Un barbero estaba afeitando al aire libre, junto a un enorme montón de botijos. Un asno cargaba con dos alforjas cónicas de cuerda trenzada llenas de pimentón. En los zocos de los orfebres, en el zoco de las telas, los mercaderes, sentados con las piernas cruzadas, descalzos, sobre montones de mantas, desenrollaban ante ellos gruesas alfombras de lana y alfombras de pelo corto, les ofrecían albornoces de lana roja, haiks de lana y de seda, sillas de montar de cuero recamadas con plata, bandejas de cobre repujado, maderas caladas, armas, instrumentos musicales, joyas, chales bordados en oro, vitelas adornadas con grandes arabescos.

No compraban nada. Sin duda, en parte, porque no sabían comprar y les preocupaba tener que regatear, pero, sobre todo, porque no se sentían atraídos. Ninguno de aquellos objetos, por suntuosos que fueran, les daba una impresión de riqueza. Pasaban, divertidos o indiferentes, pero

todo lo que veían les resultaba extraño, pertenecía a otro mundo, no les interesaba nada. Y de estos viajes no conservaban sino imágenes de vacío, de sequedad: dunas desoladas, estepas, lagunas, un mundo mineral en el que nada podía crecer, el mundo de su propia soledad, de su propia aridez.

Fue, sin embargo, en Túnez donde vieron un día la casa de sus sueños, la más bella de las moradas. Estaba en Hammamet, y pertenecía a un matrimonio inglés de cierta edad que repartía su tiempo entre Túnez y Florencia, y para quien la hospitalidad parecía haberse convertido en el único medio de no morir de aburrimiento uno frente a otro. Además de Jérôme y de Sylvie, había más de una docena de invitados. El ambiente era fútil y a menudo incluso exasperante; juegos de sociedad, partidas de bridge, de canasta, alternaban con conversaciones un tanto snob en que habladurías no demasiado viejas procedentes directamente de las capitales occidentales daban lugar a comentarios de enterados y con frecuencia tajantes (amo mucho al hombre y lo que hace está bien...).

Pero la casa era un paraíso terrenal. En el centro de un gran parque que descendía en suave pendiente hacia una playa de arena fina, un edificio antiguo, de estilo local, bastante pequeño, sin

plantas, había ido ampliándose de año en año hasta convertirse en el centro de una constelación de pabellones de todos los tamaños y estilos, cenadores, morabitos, bungalows, rodeados de galerías, que estaban esparcidos por todo el parque y se comunicaban por medio de galerías enrejadas. Tenía una sala octogonal, sin otras aberturas que una puertecita y dos estrechas aspilleras, con los gruesos muros enteramente cubiertos de libros, oscura y fresca como una tumba; tenía, además, habitaciones minúsculas, blanqueadas con cal como las celdas de los monjes, con dos sillones saharianos y una mesa baja por todo mueble; otras, largas, bajas y estrechas, alfombradas con gruesas esteras; otras, aún, amuebladas al estilo inglés, con bancos en los vanos y chimeneas monumentales con dos divanes frente a frente a sus lados. En los jardines, entre los limoneros, los naranjos, los almendros, serpeaban los paseos con mármol blanco bordeados por fragmentos de columnas, de antigüedades. Había arroyos y cascadas, grutas en la roca, estanques cubiertos de grandes nenúfares blancos entre los que brillaban a veces fugazmente los trazos plateados de los peces. Pavos reales se paseaban libremente, como en sus sueños. Arcadas cubiertas de rosas conducían a cenadores de follaje.

Pero, sin duda, era demasiado tarde. Los tres días que pasaron en Hammamet no les sacudieron de su torpor. Les pareció que aquel lujo, aquella despreocupación, aquella profusión de cosas ofre-

cidas, aquella evidencia inmediata de la belleza no les interesaba ya. Antes se habrían vuelto locos con las baldosas pintadas de los cuartos de baño, con los surtidores de los jardines, con la moqueta escocesa del gran vestíbulo, con los paneles de roble de la biblioteca, con las porcelanas, con los jarrones, con las alfombras. Saludaron a todo esto como a un recuerdo; no se habían vuelto insensibles a ello, pero no lo comprendían ya; carecían de puntos de referencia. Era, sin duda, en aquel Túnez, en el Túnez cosmopolita de los prestigiosos vestigios, de clima agradable, de vida pintoresca y llena de color, donde les habría sido más fácil establecerse. Era aquella vida, sin duda, la que habían soñado en tiempos, pero ya no eran sino sfaxianos, provincianos, exilados.

Mundo sin recuerdos, sin memoria. Pasó tiempo todavía, días y semanas desérticas que no contaban. Ya no sentían ansias. Mundo indiferente. Llegaban trenes, atracaban barcos en el puerto, desembarcaban máquinas-herramientas, medicamentos, rodamientos a bolas, cargaban fosfatos, aceite. Camiones cargados de paja atravesaban la ciudad, se imponía el Sur, donde reinaba la penuria. Su vida continuaba, idéntica: horas de clase, cafés en *La Regencia*, viejas películas por la noche, periódicos, crucigramas.

Eran sonámbulos. Ya no sabían lo que querían. Estaban desposeídos.

Ahora les parecía que antes —y este antes iba retrocediendo cada día más en el tiempo, como si su historia anterior fuera hundiéndose en la leyenda, en lo irreal o en lo informe—, antes habían tenido por lo menos el frenesí de poseer. A menudo, esta exigencia había sustituido a la vida. Se habían sentido empujados hacia delante, impacientes, devorados de deseos.

¿Y después? ¿Qué habían hecho? ¿Qué había pasado?

Algo semejante a una tragedia tranquila, muy suave, se instalaba en el centro de su vida frenada. Estaban perdidos entre los escombros de un sueño viejísimo, entre residuos sin forma.

No quedaba nada. Estaban al fin del camino, al término de esa trayectoria ambigua que había sido su vida durante seis años, al término de esa búsqueda indecisa que no les había llevado a ninguna parte, que nada les había enseñado.

EPÍLOGO

Todo habría podido continuar así. Habrían podido quedarse allí para toda la vida. Jérôme habría encontrado también un trabajo. No les habría faltado el dinero. Por fin les habrían destinado a Túnez. Habrían hecho nuevos amigos. Se habrían comprado un coche. Habrían llegado a tener, en Marsa, en Sidi bou Said, en El Manza, una bonita villa, un gran jardín.

Pero no les será tan fácil escapar a su historia. El tiempo, una vez más, trabajará por ellos. Acabará el año escolar. El calor se hará delicioso. Jérôme se pasará el día en la playa y Sylvie, acabadas las clases, irá a reunirse con él. Llegarán los exámenes finales. Sentirán la proximidad de las vacaciones. Se llenarán de nostalgias de París, de la primavera a orillas del Sena, de su árbol florido, de los Campos Elíseos, de la plaza de los Vosgos. Se acordarán, emocionados, de su libertad, tan querida, de las mañanas en que se levantaban tarde, de sus comidas con

velas. Y sus amigos les enviarán proyectos de vacaciones: una gran casa en Touraine, una buena mesa, excursiones:

—¿Y si volvemos?— dirá uno.

—Todo podría ser como antes— dirá el otro.

Harán las maletas. Colocarán los libros, los grabados, las fotografías de los compañeros, tirarán innumerables papeles, repartirán entre los vecinos sus muebles, sus tablas sin refinar, sus ladrillos de doce agujeros, facturarán sus baúles. Contarán los días, las horas, los minutos.

Para llenar sus últimas horas sfaxianas, volverán a hacer, gravemente, su paseo ritual. Cruzarán el mercado central, bordearán por un instante el puerto, admirarán, como todos los días, las enormes esponjas secándose al sol, pasarán ante la tienda de embutidos italiana, ante el *Hôtel des Oliviers*, ante la Biblioteca Municipal, y luego, volviendo sobre sus pasos por la Avenida Burguiba, pasarán junto a la horrible catedral, se desviarán ante el colegio, donde, por última vez, saludarán, como todos los días, al señor (Michri, el inspector general, que se estará paseando ante la puerta, tomarán por la calle Víctor Hugo, pasarán por última vez ante su restaurante familiar, ante la iglesia griega. Luego entrarán en la ciudad árabe por la puerta de la Kasbah, tomarán por la calle Bab Djedid, después por la del Bey, saldrán por

la puerta de Bab Diwan, llegarán a las arcadas de la avenida Hedi Chaker, pasarán junto al teatro, los dos cines, el banco, se tomarán un último café en *La Regencia*, comprarán sus últimos cigarrillos, sus últimos periódicos.

Dos minutos después, se acomodarán en un 403 de alquiler, listo para partir. Sus maletas llevarán ya cierto tiempo amarradas sobre el techo. Bien guardados junto a sus corazones, tendrán el dinero, los billetes de barco y de ferrocarril, sus fichas de registro.

El coche arrancará lentamente. A las cinco y media de la tarde, al principio del verano, Sfax será realmente una ciudad muy bella. Sus edificios inmaculados centellearán bajo el sol. Las torres y las murallas almenadas de la ciudad árabe tendrán un aire altivo. Marchando al paso, pasarán unos scouts, vestidos de rojo y blanco. Grandes banderas, rojas con la media luna de Túnez, verdes y rojas de Argelia, ondearán al viento ligero.

Se verá un trozo de mar, todo azul, grandes obras en construcción, interminables arrabales llenos de asnos, niños, bicicletas, y luego los interminables olivares. Después, la carretera: Sakietes-Zit, El Djem y su anfiteatro, Msaken, la ciudad de los malos ladrones, Susa y su costa superpoblada, Enfidaville y sus inmensos olivares, Birbou Rekba y sus cafés, sus frutos, su alfarería, Grombalia, Potinville, con sus viñas invadiendo las colinas, Hamman Lif, luego un tramo de auto-

pista, arrabales industriales, fábricas de jabón, de cemento: Túnez.

Se bañarán largamente en Cartago, entre las ruinas, en La Marsa; irán a Utica, Kelibia, Nabeul, donde comprarán alfarería, a La Goulette, donde, ya de noche, comerán unas extraordinarias doradas.

Luego, una mañana, a las seis, se encontrarán en el puerto. Las operaciones de embarque serán largas y molestas; les costará trabajo encontrar un sitio en el puente para colocar sus tumbonas.

La travesía no tendrá historia. En Marsella, se tomarán un café con leche y croissants. Comprarán *Le Monde* del día anterior y *Libération*. En el tren, el ruido de las ruedas tendrá el ritmo de los cantos de victoria, el *Aleluya del Mesías*, de himnos de victoria. Contarán los kilómetros; se extasiarán ante el campo francés, sus grandes trigales, sus verdes bosques, sus pastos y sus valles.

Llegarán a las once de la noche. Todos sus amigos les esperarán. Se extasiarán ante su buen aspecto; estarán bronceados como grandes viajeros, y llevarán unos amplios sombreros de paja trenzada. Les hablarán de Sfax, del desierto, de las ruinas magníficas, de la vida no cara, del mar todo azul. Les llevarán a *Harry's*. Se sentirán embriagados inmediatamente. Serán felices.

Regresarán, pues, y será peor aún. Volverán a encontrar la calle de Quatrefages, su bello árbol, y el pequeño apartamento, tan encantador, con su techo bajo, con su ventana de cortinas rojas y su ventana de cortinas verdes, sus buenos libros, sus pilas de periódicos, su cama estrecha, su cocina minúscula, su desorden.

Volverán a ver París y será una verdadera fiesta. Vagarán a lo largo del Sena, por los jardines del Palais-Royal, por las callejas de Saint-Germain. Y, cada noche, por las calles iluminadas, cada escaparate será de nuevo una maravillosa invitación. Las tiendas estarán abarrotadas de alimentos. Se meterán en las apreturas de los grandes almacenes. Hundirán sus manos en los montones de sedas, acariciarán los pesados frascos de perfumes, rozarán las corbatas.

Intentarán vivir como antes. Reanudarán las relaciones con las agencias de antaño. Pero se habrá roto el encantamiento. De nuevo se ahogarán. Creerán morirse de mezquindad, de estrechez.

Soñarán con la fortuna. Mirarán en los vertederos con la esperanza de encontrar una cartera abarrotada, un billete de banco, una moneda de cien francos, un billete de metro.

Soñarán con huir al campo. Soñarán con Sfax.

No podrán aguantar mucho.

Entonces, un día —¿no habían sabido siempre que este día llegaría?— decidirán acabar de una vez por todas, como los otros. Sus amigos, enterados, les buscarán trabajo. Les recomendarán para varias agencias. Escribirán, llenos de esperanza, sus curriculum vitae cuidadosamente pesados. La suerte —pero no será exactamente la suerte— les sonreirá. Sus hojas de servicio serán objeto, a pesar de su irregularidad, de una atención especial. Les citarán. Ellos sabrán encontrar las palabras justas para causar buena impresión.

Y así es como, tras varios años de vida vagabunda, cansados de la falta de dinero, cansados de contar y de odiarse por contar, Jérôme y Sylvie aceptarán —quizá con gratitud— el doble puesto responsable, pagado con un sueldo que, en rigor, vendrá a ser una trampa, que les ofrecerá un magnate de la publicidad.

Irán a Burdeos a hacerse cargo de la dirección de una agencia. Prepararán cuidadosamente su partida. Arreglarán su apartamento, lo pintarán, lo desembarazarán de los montones de libros, de bultos de ropa, de las pilas de vajilla que siempre lo habían llenado y bajo los cuales, muy a menudo, habían creído ahogarse. Y, casi sin recono-

derlo, recorrerán aquellas dos habitaciones en las que tantas veces habían dicho que todo era imposible, y, para empezar, recorrerlas. Lo verán, por primera vez, tal como habrían querido verlo siempre, pintado al fin, resplandeciente de blancura, de limpieza, sin una sola mota de polvo, sin manchas, sin grietas, sin desconchones, con su techo bajo, su patio campestre, su árbol admirable ante el cual pronto, como en tiempo ellos, futuros compradores vendrán a extasiarse.

Venderán sus libros a los puestos de viejo, sus prendas a los ropavejeros. Acudirán a los sastres, a las costureras, a los camiseros. Harán sus maletas.

No será verdaderamente la fortuna. No serán presidentes—directores generales. No manejarán jamás sino los millones de los demás. Les dejarán algunas migajas, para el standing, para las camisas de seda, para los guantes de cerdo ahumado. Tendrán buen aspecto. Buena vivienda, bien alimentados, bien vestidos. No lamentarán nada.

Tendrán su diván Chesterfield, sus sillones de cuero natural flexibles y distinguidos como los asientos de los automóviles italianos, sus mesas

rústicas, sus atriles, sus moquetas, sus tapices de seda, sus librerías de encina clara.

Tendrán habitaciones inmensas y vacías, luminosas, corredores espaciosos, muros de cristal, vistas panorámicas. Tendrán las porcelanas, los cubiertos de plata, los manteles de encaje, las ricas encuadernaciones de piel roja.

No tendrán aún treinta años. Tendrán la vida por delante.

Dejarán París a primeros de septiembre. Irán casi solos en un vagón de primera. Pronto el tren cogerá velocidad. El vagón de aluminio se balanceará blandamente.

Partirán. Lo abandonarán todo. Huirán. Nada podrá retenerles.

—¿Te acuerdas?— dirá Jérôme. Y evocarán el pasado, los días sombríos, su juventud, sus primeros encuentros, las primeras encuestas, el árbol en el patio de la calle de Quatrefages, los amigos desaparecidos, las comidas fraternales. Se volverán a ver cruzando París en busca de cigarrillos, y parándose ante las tiendas de antigüeda-

dés. Rememorarán los viejos tiempos de Sfax, su lenta muerte, su regreso casi triunfal:

—Y ahora, ya está...— dirá Sylvie. Y les parecerá casi natural.

Se sentirán a gusto con sus prendas ligeras. Se acomodarán en el compartimento vacío. Pasará ante ellos el campo francés. Contemplarán en silencio los vastos trigales maduros, las descarnadas columnas de alta tensión. Verán fábricas de harina, factorías casi elegantes, grandes campos de vacaciones, presas, casitas aisladas en medio de claros. Correrán unos niños por un camino blanco.

El viaje será durante mucho tiempo agradable. Hacia el mediodía se dirigirán, con su paso vacilante, hacia el vagón-restaurante. Se acomodarán junto a una ventanilla, frente a frente. Pedirán dos whiskies. Se mirarán, una vez más, con una sonrisa cómplice. El mantel limpio, los cubiertos macizos, marcados con el emblema de Wagons-Lits, los platos gruesos y decorados con un escudo, parecerán el preludio de un festín suntuoso. Pero la comida que les servirán será francamente insípida.

El medio forma parte de la verdad, lo mismo que el resultado. Es preciso que la búsqueda de la verdad sea también verdadera; la búsqueda verdadera es la verdad desplegada, cuyos miembros dispersos se reúnen en el resultado.

KARL MARX.